

## LA TUMBA CALCOLÍTICA DE LA ATALAYUELA, TREINTA Y CINCO AÑOS DESPUÉS

MARÍA TERESA ANDRÉS RUPÉREZ  
IGNACIO BARANDIARÁN MAESTU

*RESUMEN:* La sepultura múltiple simultánea de La Atalayuela fue excavada hace 35 años. La presente revisión intenta aclarar la supuesta coexistencia de diferentes estilos de cerámica campaniforme que actualmente son bien reconocidos como sucesivos. A partir del control tridimensional que durante la excavación se realizó de todos los hallazgos, se ha reconstruido su ubicación en el sepulcro, resultando probada la diacronía de los diferentes estilos.

*PALABRAS CLAVE:* Campaniforme. Sepulcros colectivos. Calcolítico.

*ABSTRACT:* The simultaneous multiple grave of La Atalayuela was excavated 35 years ago. The present revision tries to clarify the supposed coexistence of different styles of Bell Beaker pottery that, therefore, at the moment are recognized like successive. From the three-dimensional control that during the excavation was made of all the findings, its location in the tomb has been reconstructed, being proved diacronía from the different styles.

*KEY WORDS:* Campaniforme Ceramics, Simultaneous Multiple Grave.

### 1. LAS RAZONES DE UN PROBLEMA ARQUEOLÓGICO

#### 1.1. Recordando lo obvio: la excavación de Atalayuela en su tiempo

Cuando un yacimiento es importante invita a reiterar la reflexión sobre su proceso formativo, las causas directas e indirectas, próximas y lejanas, que lo originaron: crece con el tiempo y exige ser repensado.

La trascendencia de La Atalayuela no deriva de la riqueza de sus depósitos *arqueográficos*, un tanto modestos, sino del problema de comprensión que plantea sobre las genéricamente

llamadas “tumbas colectivas”. Fue la primera sepultura que en 1970 se ofrecía, con seguridad, por estas latitudes como un enterramiento múltiple simultáneo, al parecer fruto anormal de un hecho inesperado o catastrófico. Abría la posibilidad de interpretar otros sitios similares, ya de mucho antes conocidos<sup>1</sup>, aunque todavía parecía una fantasía el relato de los clandestinos que nos precedieron en la excavación de Atalayuela diciendo haber encontrado aquí algunos cráneos con flechas clavadas.

Podemos ordenar nuestras sensaciones/actitudes iniciales hacia el sitio, recordando las impresiones de cuando lo visitamos en 1970 y en los primeros días del trabajo de campo:

<sup>1</sup> Recordemos las citas más antiguas sobre una probable tumba de este tipo, la de La Cartuja de las Fuentes (Sariñena, Zaragoza), descrita en una crónica del s. XVI, cuya referencia y la de otras noti-

cias más recientes apuntan a una llamativa densidad de este tipo de sepulturas en la cuenca del Ebro, hemos anotado en varias ocasiones (p.e. ANDRÉS, 1989-1990 y 1998: p. 98-100, nota 161).

- *nos llamó la atención*: la abundancia (y buena conservación) de los restos humanos atribuibles a un depósito masivo (¿colectivo?); la carencia de alguna esperada estructura megalítica; y la existencia (según avanzaba la excavación) de ajuares de apariencia destacada;
- *planteamos su explicación desde la hipótesis* de la coetaneidad del conjunto, observados el ‘orden’ en la disposición de los inhumados y la apariencia de ‘cerrado’ (¿clausurado intencionadamente?) del yacimiento y aceptando consideraciones ajenas ya publicadas sobre otros casos que avalarían la simultaneidad aquí de todos los elementos del acto funerario (con la reserva –no fácil de explicar– de la supuesta diacronía de las especies de campaniforme presentes).
- *reconocimos la fortuna de encontrar un enterramiento de este tipo*, intacto en lo que quedaba, y de poder trabajar sobre él con la mejor tecnología de recuperación posible en aquellos años.

Pero se produjeron algunas circunstancias concretas que acotaron (¿devaluaron?) nuestra intención inicial.

En primer lugar, la publicación amplia del yacimiento, como ‘memoria’, en 1978<sup>2</sup> respondía cabalmente al estilo de una exposición positivista de los datos sin que entonces se admitiera el vuelo interpretativo que hoy a muchos encanta.

En segundo lugar, la importantísima colección antropológica fue pasando por avatares no muy favorables para su estudio. Viajó demasiado, por depósitos sucesivos (primero en los laboratorios del departamento de Antropología de la Universidad de Barcelona; luego fue trasladada a los de la Universidad del País Vasco en Lejona; y, al fin, entregada al Museo de Logroño); y fue sometida a ‘reordenación’ (por

piezas óseas: más fáciles de clasificación; mezclando las de los individuos que detectamos y habíamos recogido en el trabajo de campo). Lo que cercenó (limitando drásticamente) las posibilidades de un análisis de una ‘población’ previsiblemente completa cuyo estudio, según lo habitual hace treinta años (y aún mucho después), se ceñía (¿cuando se llevaba a cabo!) a una relación numeral (y nominalista) de la muestra, consignando algunos caracteres osteométricos, alcanzando una precisión ‘racial’ de los inhumados y esbozando alguna sugerencia grupal (como composición, en edad o sexo, de la población).

En tercer lugar, nuestra restitución de las cerámicas (intentando decidir número y forma de los recipientes) que se asentó en los trozos que encontramos en la excavación (teniendo en cuenta identificaciones y dibujos de la colección previa de A. MARCOS POUS) se enfrenta en ocasiones con lo producido en el taller de un restaurador, cuya obra (pensada para una exposición museística) es hoy irreversible y puede, desde luego, ser discutida. Pudieron mediar entre aquella restitución inicial y esta restauración sobrevenida la disposición de nuevos elementos de juicio: como una limpieza a fondo y derivados eventuales análisis de pastas que asentarán la atribución de diversos fragmentos a un mismo o a varios recipientes.

Aquella intervención en la Atalayuela, como cualquier caso de ejercicio de Arqueología descriptiva sobre un yacimiento, se produjo en dos fases consecutivas, necesariamente complementarias pero no siempre muy próximas en el tiempo: I, la recuperación de informaciones directas (excavación y resultados de la analítica aplicada a su efectivo); y II, la publicación de un argumento explicativo de significado histórico-cultural.

Para entender el sentido de una ‘revisión de la Atalayuela’ ahora con lo que en su día se hizo:

<sup>2</sup> Además del retraso, esta publicación (BARANDIARÁN, 1978) hubo de hacerse en un contexto desfavorable: a falta de adecuadas series riojanas específicas y regulares, fue ofrecida a publicación (acogida con absoluta generosidad, desde luego) en la revista (generalista y navarra) ‘Príncipe de Viana’ y no fue posible incrementar los presupuestos para análisis complementarios. De hecho, algunos proyectos (como plasmar en planos de distribución los

materiales hallados: recurso técnico que hemos desarrollado ahora y que fundamenta el presente artículo), iniciados en su momento, fueron abandonados por no retrasar más la publicación una vez conseguido el análisis antropológico. La publicación de esta memoria fue precedida por dos amplios avances dando a conocer el yacimiento (BARANDIARÁN, 1971 y 1973) y por los datos recuperados previamente (MARCOS, 1973: p. 44-49).

- I, en la fase de documentación se pretendió una compilación de lo percibido (p.e. en cuanto a caracteres del depósito y de las estructuras o a disposición topográfica de sus asociaciones) que fue consignado directamente ‘en campo’ (diarios, planos e inventarios, *dossiers* de gráficos y fotográfico, etc);
- II, en la fase de reflexión/publicación (la monografía), se hicieron afirmaciones y se plantearon sugerencias: se refirió lo que entonces creímos pertinente, quedando inéditos (y sin desarrollar) los datos y reflexiones que no se consideraron (exactamente, los que no llegamos entonces a reconocer como) pertinentes.

A los textos antes citados cabe añadir varias alusiones posteriores a la sepultura<sup>3</sup>: en todas se parte de la creencia en su simultaneidad funeraria, que parece en contradicción con el transcurso temporal reflejado por unos materiales que abarcan todo el Calcolítico. Solía por entonces explicarse satisfactoriamente cualquier problema similar planteado en la cuenca del Ebro, tanto en yacimientos “de superficie” como en recintos abiertos, de habitación o sepulcrales, con el recurso de admitir la *perduración* de los elementos antiguos hasta la cronología de los más recientes: postura nada convincente en una zona donde esos mismos materiales cuando aparecen en cuevas con buena conservación

estratigráfica, lo hacen bien diferenciados temporalmente<sup>4</sup>.

### 1.2. ¿Un problema arqueológico?: varias cuestiones pendientes

Retomamos en este texto los datos disponibles de La Atalayuela en tres niveles: **el primero**, la básica tarea de técnica arqueológica de recuperar la situación precisa de los materiales (posible gracias al registro tridimensional de todos los hallazgos), para extender el proceso de formación de este singular sepulcro a las fases anterior y posterior a la concreta deposición funeraria múltiple simultánea. Estos materiales se expanden al menos durante 400 años (2200 a 1800 a.C.) sobre la base de paralelismos tipológicos<sup>5</sup>.

Tras este análisis, un **segundo** nivel de reflexión tratará de explicar el primero, justificando las características de los datos y ofreciendo una mayor aproximación a los indicios sobre la existencia de una fase previa de presencia humana, aunque no se pueda determinar el carácter de la misma, en el lugar donde se erigió el sepulcro.

Los mucho más abundantes datos de paralelización que hoy conocemos, sobre todo del campaniforme antiguo y de las sepulturas múltiples en general, hacen posible esta revisión de las opiniones precedentes, sirviéndonos, ade-

<sup>3</sup> Ya expresamos en su día (ANDRÉS, 1973) la necesidad de profundizar en la búsqueda de explicaciones a algunos elementos aparentemente contradictorios de su efectivo: p.e., en cuanto a la posible preexistencia de fragmentos cerámica y puntas de flecha antiguas en el lugar (ANDRÉS, 1986: p. 249), el sentido del campaniforme tardío como ofrenda o la reivindicación de una sepultura preexistente a la mejor conocida (ANDRÉS, 1998: p. 122), de un posible fondo de cabaña o sepultura –¿instalación de transpirenaicos?–, previas al enterramiento simultáneo (ANDRÉS, 1998: p. 96-97).

<sup>4</sup> El rechazo del apriorismo de las perduraciones –que caso de aceptarse deberían ser individualmente justificadas, ante el hecho *normal* y constante de la variación tecnológica–, fue criterio metodológico suficiente para emprender una periodización de materiales, en ausencia de dataciones radiocarbónicas e incluso con la presencia de éstas, en contextos no cerrados, puesto en práctica en Andrés (1986) para los sepulcros dolménicos. Esta postura (negar la perduración como explicación primaria de la coexistencia en un mismo contexto material de elementos tecnológicos, útiles o herramientas, cuando su variación es evidente en la misma área cultural y las adyacentes, la zona es abierta, y teniendo en cuenta la rápida transmisión de las novedades tecno-tipológicas), es el planteamiento que subyace

en la exigencia de una explicación más satisfactoria para el caso de La Atalayuela.

<sup>5</sup> La asociación de varios tipos de decoración campaniforme en un mismo recinto y momento sepulcrales, planteó este mismo problema cronológico (ya apreciado en MORENO, 1971-1972: p. 4, en referencia concreta a su *puntillado geométrico*): la búsqueda de explicación para la coexistencia de ese tipo de recipiente con el *inciso* fue motivo también de la “revisión” de la tumba soriana de Villar del Campo (DELIBES, 1978), cuya publicación coincidió con la de La Atalayuela. El caso sin embargo –tras el análisis de G. Delibes, que recuerda no existe ningún dato sobre el carácter del hallazgo–, no parece resultar semejante; según cita este autor, para J. Martínez Santaolalla se trataba de una necrópolis, habiendo planteado G. Moreno e I. Barandiarán la posibilidad de un sepulcro de inhumación colectiva, como el de la Atalayuela. Mientras que basado en que B. Taracena en la carta arqueológica de Soria aludía a un solo sepulcro, Delibes concluye que no hay datos para afirmar estas posibilidades: “sólo a través de un análisis detenido del ajuar se ve claramente que existen dos conjuntos cerámicos estilísticamente diferenciados, que en buena lógica deberían responder a ajuares funerarios distintos, y tal vez depositados en diferentes épocas” (DELIBES, Op. cit: p. 268).

más, de los datos directos del diario de excavación de La Atalayuela<sup>6</sup>.

En este nuevo contexto interpretativo algunos datos, los más modestos y que menos hue-lla arqueológica dejaron –el campaniforme antiguo o las cerámicas con botones repujados–, cobran protagonismo.

No es La Atalayuela una sepultura ‘típica’ campaniforme, aunque lo contenga. No hay que dejar de advertirlo a pesar de que al menos desde J. Maluquer de Motes parecería clara la diferencia entre dichas sepulturas (casi siempre con notables elementos de riqueza y uno solo o muy pocos inhumados; normalmente más tardías; en su contexto social se puede pensar que fueran para jefes o ‘héroes’ de algún tipo) y aquellas en que esta cerámica se calificó, adecuadamente, de elemento ‘intrusivo’, como las dolménicas, y aun de estas otras como La Atalayuela (que no es ni lo uno ni lo otro).

El **tercer** nivel de nuestra revisión excede los indicios directos de los datos; trata de trabar argumentos que expliquen las causas mismas de la sepultura, sus razones históricas. La cuestión implicada en Atalayuela, ya no en un nivel particular del yacimiento sino mucho más general, es el arduo problema del cambio cultural (en Prehistoria, traducido sobre todo en el cambio en las formas y elementos materiales), en cuanto a sus causas inmediatas y mediatas, que debería haber encontrado en la abundante y completa muestra antropológica mejor respuesta que la que incluso ahora, treinta y cinco años después, podemos obtener.

Gracias a esta tumba se definieron por primera vez los elementos razonables de un sepulcro de necesidad o urgencia. Los antiguos datos dispersos en la bibliografía arqueológica, algunos tan antiguos como del s. XVI, se concentraron para mostrar en la cuenca media del Ebro lo que sólo en el Sureste de Francia tenía una casuística abundante, pero

incluso allí, sin definición metodológica o interpretación global.

La traslación demográfica o artefactual es el problema subyacente tras el campaniforme y su trascendencia paneuropea: otra excusa para renovar el análisis. Las gentes de su época, y que ‘se mueven’ con el campaniforme –sean pocas o muchas, masas de migrantes o grupos de especialistas–, pueden ofrecer quizá la primera plasmación histórica de la conciencia de alteridad o autoctonía, sentimientos indemostrables pero razonablemente sostenibles a la vista de los rastros de enfrentamientos, a los que se añaden objetos concretos y peculiares con lejanos referentes –de los que La Atalayuela, y ahora también Tres Montes<sup>7</sup>, ofrecen ejemplos–, en una época y lugares en los que el espacio físico económicamente apetecible no debió ser tan escaso todavía como para obligar a tanta violencia; desde una perspectiva sólo materialista y práctica no parece justificado el enfrentamiento, y en este caso el juego de los sentimientos sociales, de la propia conciencia étnica, pudo ser decisivo. La belicosidad, fruto del instinto de supervivencia, inherente a la humanidad, se hace ahora más ostensible que en anteriores fases sin que encontremos otra explicación más razonable que la ya tópica –y real– “presión demográfica sobre los recursos”, sedimento económico de la causa de los movimientos, pero transformada posiblemente –aunque no necesariamente en todos los casos–, en conciencia de *pueblo*, una constante histórica –y sin duda ‘prehistórica’– manifiesta en los mitos del origen y el retorno, reivindicativos de derechos de posesión territorial<sup>8</sup>.

Estas y otras cuestiones como objeto de reflexión. El análisis que sigue no pretende interpretar las intenciones de los protagonistas –agentes y pacientes– del sepulcro, sino precisar más, a partir de los datos físicos, el proceso de su materialización como yacimiento arqueológico.

<sup>6</sup> Subrayamos que el diario de excavación es un elemento imprescindible para dar forma al presente avatar de La Atalayuela, pues contiene unos cuantos datos que complementan los ya publicados, permitiendo ampliar y precisar su análisis.

<sup>7</sup> Excepcional sepulcro todavía sin publicar, en el que se halló únicamente cerámica campaniforme del tipo antiguo o internacional

y una aguja de hueso de orejeta perforada semejante a la de La Atalayuela (ANDRÉS, GARCÍA y SESMA, 2002: p. 197).

<sup>8</sup> Especialmente ilustrativo, por la apabullante evidencia del hecho y su reiteración, es el estudio de J. Juaristi (2001), lógicamente asentado sobre textos escritos pero cuyo contenido es fácil y razonable remontar a la Prehistoria.

## 2. LOS DATOS RECUPERADOS EN LA EXCAVACIÓN

### 2.1. *Las categorías de datos*

Nuestra intervención arqueológica en Atalayuela produjo inmediatamente tres lotes de datos: unas evidencias materiales, una documentación directa y una reflexión impresa sobre el sitio.

1. Las evidencias materiales muebles que entregó la excavación fueron depositadas, sigladas y en orden, en el Museo de Logroño. Son los efectivos de elaboraciones ('industrias' de piedra tallada, instrumentos de hueso y de metal y recipientes cerámicos) y las piezas del esqueleto de las personas allí inhumadas. Por otra parte, quedaron en el lugar, ya desembarazados de las tierras que los cubrían, los restos de las estructuras más firmes, tanto el hueco practicado para acoger los depósitos como las piedras que lo delimitaban o cubrían.

Veinte años después de concluir nuestra intervención hemos comprobado el profundo deterioro que había prácticamente hecho desaparecer estos restos de estructura: debido, desde luego, a las condiciones de su exposición a la intemperie y, bastante más lesivamente, al uso de esa misma zona para prácticas de moto de montaña.

II. La documentación escrita y gráfica que formalizamos en el transcurso de aquel trabajo de campo y que retiene su director (I. B.). Incluye: 1, un 'diario de excavaciones' manuscrito en block de cuadro menudo, con texto de 32 páginas (en que se incluyen 15 figuras/croquis, normalmente de detalles de la disposición de los inhumados); 2, un inventario que ocupa otras 51 páginas del mismo block del diario (con entradas de cada evidencia arqueológica mueble consignando su posición –en cuadro, estrato y coordenadas x, y, z– en el yacimiento) acompañado de 123 figuras (a escala 1:1) de algunos de esos restos; 3, un ficha de campo por cada uno de los inhumados (que se siglan individualmente como E.1, E.2, etc.) donde se consignan las circunstancias de conservación, posición y contexto; 4, un lote de 13 planos (4 sobre los inhumados - 1 general a 1:5 con todos los detectados en su detalle y 3 par-

ciales complementarios a él; diversos cortes de alzado y de planta de la estructura del conjunto; uno –aún inédito– a 1:10 de distribución de los 'objetos' en la planta del sitio); y 5, un repertorio de fotografías (unos 200 negativos en blanco y negro y unas 140 diapositivas a color).

III. Los textos impresos donde se expuso el proceso del trabajo y el listado de hallazgos, dando cuenta del sentido de lo actuado y trabando una explicación arqueológica sobre el yacimiento: los 'informes preliminares' de 1971 y 1973 y la 'memoria' de 1978.

Por otro lado se dispone de los materiales y reflexiones de descubrimiento y primera prospección por A. Marcos: la colección de elementos muebles recuperados (que, al parecer, se entregó al Museo de Logroño) y un texto explicando su entidad en 1973. Y los resultados que presentó en 1988 R. J. Harrison de la datación C14 de tres inhumados.

### 2.2. *Las referencias publicadas*

En el texto en que A. Marcos (1973: p. 44-49) da cuenta del primer conocimiento y rebuscas de Atalayuela, en la colina de "Las Bodegas" de Agoncillo, se refieren catas realizadas por los próceres de la localidad que guardaron cráneos, cerámicas lisas y decoradas y piezas de sílex. Se describen los fragmentos de campaniforme recuperados (varios probablemente del mismo vaso) dibujando algunos de ellos y todos sus motivos decorativos (fig. 14), todos incisos salvo el fragmento *h* (fig. 12), decorado en parte con peine o ruedecilla. Del frag. *i* (fig. 13) se anota la dificultad de conseguir su perfil y dibuja como "una variante de la cazuela", forma realmente adecuada al perfil del fragmento (cuya reconstrucción por uno de nosotros fue diferente).

En la extensa nota preliminar de I. Barandiarán de 1973 (igual que en la precedente de 1971) se expresaban esperanzas en el futuro estudio definitivo asentado en el análisis antropológico de la, por entonces, colección más completa, numerosa y bien conservada de restos humanos de la Península. Y se destacaba la mayoritaria aparición de los elementos más ricos en la parte norte de la fosa y las cerámicas lisas y lascas en la sur del sepulcro, de lo que

“pudiera deducirse un orden cronológico en el depósito de los cadáveres –es decir, en la utilización por zonas de monumento–, que habrá que precisar más coordinando esas cartas de distribución en plano, con los cortes de distribución en profundidad. Se debe subrayar que no hemos podido observar ninguna clara asociación de los cadáveres con los materiales arqueológicos que suponemos su ajuar de depósito sincrónico” (BARANDIARÁN, 1973: p. 96-97). Completar este estudio de la distribución es lo que ahora pretendemos<sup>9</sup>.

**I. Descripción del sitio arqueológico.** En la memoria de 1978 se refieren y razonan prolijamente numerosos datos que recopilamos ahora<sup>10</sup>. Se aplicó el sistema de coordenadas cartesianas que permite el control tridimensional de todos los hallazgos.

El yacimiento ofrece dos unidades arqueológicas: un conjunto de grandes bloques y una fosa de inhumación. En aquel conjunto de grandes bloques, en la zona sur, estéril, hay uno muy grande (175x140x50 cm) en 1-2/G-H, antes enhiesto<sup>11</sup>.

Interesan especialmente para la interpretación del proceso de uso de la estructura sepulcral (BARANDIARÁN, 1978: p. 388-391) las precisiones sobre el túmulo, relativamente intacto en 1K, 1L y 1M, ‘que cubriría’ aquella fosa de inhumación, formado por piedras, cantos rodados sobre todo, y tierra: su altura pudo sobrepasar en 40 ó 50 cm la cota presente en el momento de iniciar los trabajos, quedando restos de un enchachado superior (de cuya existencia advirtieron los vecinos directamente sobre

los esqueletos que extrajeron) (restos visibles en corte: lámina 2). Posiblemente la cota máxima del túmulo se encontraba hacia el norte (hacia el centro del cuadro Q), no en la intersección N-O donde la conocimos (ver plano topográfico en Op.cit.: fig. 2).

En la descripción de la fosa se destaca la diferencia entre los estratos b y c ambos naturales de sedimentación previa a la conformación de la fosa; su profundidad es uniforme, entre 25 y 35 cm (45 en el cuadro 1O), excavada en el estrato b, hasta el suelo natural (c) compacto, que parece fue aplanado de modo artificial. Existe en 3R, sector 7, un pequeño hoyo de 40 cm de diámetro y 8 a 12 cm de prof.: sin restos de nada salvo algún hueso y un fragmento de cuenco liso. El contorno interior de la fosa estaba guarnecido con lajas, sólo bien conservadas en lugar original las de los cuadros 3S, 5S, 1O y 1P, el resto alteradas por clandestinos; en el lado sur se aprecia una ligera ampliación<sup>12</sup>.

En los aproximadamente 13 m cuadrados de la fosa se individualizaron en el momento de su extracción hasta 55 conjuntos de restos humanos (siglados como E1, E2...); en alguno de los cuales se incluían restos de dos o tres individuos (diferenciados en el posterior análisis antropológico que cifra un número entre 70 u 80 personas). En algunos lugares esos restos se acumulan en varias capas; los superficiales alterados por remociones, mejor conservados los intermedios, más deshechos los profundos por filtraciones de humedad hasta el impermeable estrato arcilloso. Se dibuja en tres planos la acumulación de cadáveres, aunque en algunos puntos se superponen en cinco o seis ‘pisos’<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> Además se reconocía la necesidad de desarrollar otros análisis: “Sólo una vez realizados algunos análisis complementarios (...) y el minucioso estudio de los testimonios de cultura material y de los restos antropológicos, podrán fijarse los estadios cronológicos más precisos de estos enterramientos, determinar su exacta personalidad cultural y explicarlos en su contexto temporal y geográfico”. Se menciona también la preparación de análisis físico-químicos en el Instituto de Edafología de Aula Dei, del C.S.I.C., entonces en curso (Op. cit.: p. 95 y 81-82, respect.) y que no llegaron a terminarse.

<sup>10</sup> Aparte de otras informaciones con el interesante anecdotario historiográfico de la sepultura que incluye relatos del hallazgo tras la guerra civil, por erosión lluvias, sondeos y exhumaciones por vecinos de Agoncillo, sin que falte la mención popular del pellejo de oro enterrado en un cerro próximo, también catas en 1963-64 con hallazgos de un cráneo con una punta de pedúnculo y aletas incrustada en la región occipital o la parte posterior de la tempo-

ral, cerámicas y piezas de sílex, en la fosa y también junto a los pedruscos grandes de la zona sur. Resultado: desmonte del túmulo y gran deterioro. En 1966 profesores de la Universidad de Navarra recuperan algunos materiales retenidos por los vecinos.

<sup>11</sup> Ambos conjuntos quedaron reflejados en un plano inédito del diario que es el que en este trabajo sirve de plantilla para situar los hallazgos.

<sup>12</sup> La mencionada “ampliación” es, de cierto, dato muy relevante: observando la foto 1 de la lámina 5 de Barandiarán (1978) parece evidente que se trata de un cierre.

<sup>13</sup> Se deslizó una errata en la publicación de 1978 de los pies de las figuras: los denominados ‘profundos’ tienen una numeración más baja que los ‘intermedios’, algo anómalo pues la numeración se asignaba según se profundizaba en el depósito y se iban extrayendo las capas superpuestas. Así mismo se aprecia fácilmente que los cadáveres de la zona sur de la fosa –E25, E32 y otros–, que yacían casi embebidos en el suelo arcilloso, aparecieron y corresponden al nivel más profundo y no a los ‘intermedios’.

Los depositados yacían sobre su costado derecho, replegados; se citan como mejor conservados E10 y E15 (este con piedra tras la cabeza). Sólo dos o tres de los inhumados se hallan recostados sobre su lado izquierdo (E25); la orientación dominante es con la cabeza hacia el sureste, la cara mirando al Este-Noreste. Los restos están yuxtapuestos y en conexión anatómica; se flexionarían poco después de fallecidos, antes de alcanzar la rigidez cadavérica, en torno a algunas cabezas se colocaron piedras (sólo dos o tres) como enmarcándolas o protegiéndolas (E1, E26...).

**II. La estratigrafía** ofrece en secuencia de arriba abajo (BARANDIARÁN, 1978: lám. 2 y fig. 5) los: *nivel o*: superficial, remoción de clandestinos, desigual; *nivel a1*: tierras del túmulo con acumulación de piedras, escasos restos humanos, desigual conservación; *nivel a2*: nivel arqueológicamente fértil, desigual de grosor, espesor máx. de 60 cm, incluye las inhumaciones con sus ajuares, tierras bastante sueltas, sin piedras, color marrón (pudiéndose distinguir subdivisiones que no parecen definitivas ni tipológica ni cronológicamente); *nivel b*: subsuelo natural de arcillas muy finas, engloba la fosa que se cavó en él, grosor medio de 25 cm; y *nivel c*: fondo de la fosa, arcillas muy compactas, casi margas gris-azulado.

**III. El repertorio de materiales portátiles** es relativamente abundante (Op. cit.: p. 393-408). De las trece **puntas de flecha** de tipos variados (lám. 5a), 8 se recogen en el nivel de los enterramientos, el resto, en principio sin duda del mismo nivel, apareció en zonas revueltas<sup>14</sup>. Además, se hallaron un tosco segmento, dentro de la fosa, también en el nivel de los inhumados, tres lascas de retoque plano, varias láminas retocadas, de ellas una posible hoja de hoz como las recogidas por A. Marcos en zona revuelta, y un raspador; y cuatro núcleos en zonas revueltas. Se registran numerosas lascas

amorfas de sílex: 95 del nivel de inhumaciones<sup>15</sup>, 35 de zona revuelta, más 5 de cuarcita.

En **cerámica campaniforme** (Op. cit.: p. 396-399) son distintos el número y la dispersión de los fragmentos de los diferentes vasos, atribuibles a un mínimo de 9 ejemplares. De un “puntillado geométrico” aparecieron 16 fragmentos (además de uno recogido por Marcos), casi todos en el cuadro 5N. En cambio es amplia la dispersión en varios cuadros de los 32 fragmentos (de ellos, 7 recogidos por Marcos) de un vaso inciso, “fruto sin duda de la dispersión de remociones parciales por buscadores clandestinos”. De un cuenco inciso hay 18 fragmentos (4 hallados por Marcos), la mayor parte en 3Q y 3R. El resto de los recipientes aportan una cantidad escasa de fragmentos, especialmente los tipos internacionales o antiguos; de ellos se deducen otros tres recipientes incisos, varios fragmentos con impresiones de peine de difícil atribución a un número concreto de vasos y un vaso de tipo internacional mixto (peine y cuerda).

**Otras cerámicas prehistóricas** cuentan con abundantes fragmentos lisos, algunos de los cuales podrían ser también de los vasos decorados. Los fragmentos con algún elemento significativo (caso de los vasos con pequeños botoncitos repujados o pequeños orificios en el borde) están afectados por la misma escasez que la del campaniforme internacional. De todos ellos y de otros vasos lisos se presenta la reconstrucción ideal (Op. cit.: figs. 12 y 13); uno de los fragmentos, de un cuenco bajo liso (fig. 12.7), apareció dentro de un hoyo no muy profundo del centro de la fosa (3R, sector 7, -87). Se mencionan otros 311 fragmentos de cerámica lisa (164 en nivel de inhumaciones y 134 en zonas removidas, además de otros 13 recogidos por Marcos). Los grosores de paredes vasculares oscilan entre 7-8 mm, alcanzando unos pocos los 10-11<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> En este lote de ‘lo revuelto’ se incluyen las puntas recogidas por Marcos, por vecinos del pueblo y por nosotros, además de la noticia oral de que había alguna (o dos) perdida (la clavada en el cráneo): son todas de pedúnculo y aletas (Op. cit.: fig. 6: 1, 5 y 6). Al carecer de registro tridimensional no aparecen en la carta de la lámina 5.

<sup>15</sup> Advertimos que la expresión “nivel de las inhumaciones” no implica que las piezas estuvieran asociadas a los enterrados sino al nivel a1, que contenía también las primeras y más superficiales inhumaciones halladas, que eran más concentradas en cotas inferiores, en

el nivel a2 (ambos de la misma calidad y composición y diferenciados sólo por la mencionada densidad funeraria). El “subnivel” a1 excede los límites de la fosa y, formando el túmulo, cubre los cuadros de las bandas L y M, donde se concentran las lascas amorfas de sílex (ver cortes de lámina 2 y planos de lámina 5). Lo mismo cabe decir para los numerosos fragmentos de cerámica lisa (lámina 3).

<sup>16</sup> Como se señala en la nota anterior, la casi totalidad de los fragmentos lisos aparece en los cuadros 3L y 3M, sobre todo el último, ambos fuera del límite de la fosa.

Además se recogieron en La Atalayuela **otros objetos de diferentes materias y formas** (Op. cit.: p. 406-408). De típica raigambre calcolítica, algunos son excepcionales en nuestras latitudes, como la aguja de hueso con orejeta perforada (lám. 6a 1), también en hueso una punta de flecha en dos fragmentos (lám. 6a 2) y un botón-V semiesférico en zona removida (lám. 6a 4). De piedra: dos cuentas discoides de *calaíta* y cuatro de caliza (lám. 6a 3). De cobre: tres punzones biapuntados de sección cuadrada (lám. 6a 5-7) y tres fragmentos del mismo metal. Se recogen noticias de un “puñal” no recuperado.

**IV. Los restos esqueléticos** fueron detallados en el estudio antropológico de J. M. Basabe: los parámetros de análisis exclusivamente morfométrico habituales en ese tiempo reducen las intenciones pretendidas por el arqueólogo: señalándose (BASABE, 1978: p. 476) que sólo se obtienen medidas aceptables de 11 cráneos masculinos y 10 femeninos, siendo aún menos los huesos largos y mandíbulas mensurables.

Al igual que Barandiarán, destaca Basabe en su estudio la importancia del sitio como zona de paso, y de la sepultura; del examen deduce diferencias entre los individuos masculinos y femeninos que hubieran podido ser mejor explicadas sin “los accidentes en el laboratorio” que menguan las expectativas iniciales a pesar del rigor metodológico de la exhumación. Se aprecia que “varios de los ejemplares que componen la serie hacen pensar en un posible parentesco, dada la semejanza de algunas normas y caracteres métricos, favorecidos por la coincidencia de edad, con lo que disminuye la representatividad de la muestra”<sup>17</sup>. Hay alusiones muy genéricas a

mortalidad y diferenciación de la población por sexo/edad; trabajando sobre una muestra de 70 a 80 individuos: el 55% de los adultos son varones y el 44% mujeres; la mortalidad infantil se apunta cercana al 40% del conjunto de la población; en la categoría de los adultos, debe considerarse “subadulto” al 20% (Op. cit.: p. 424). Esta composición poblacional parece la propia de un grupo *normal* vivo y de causas *no naturales* de mortandad.

El análisis tipológico de los caracteres del cráneo sugiere algunas tendencias raciales: la preferencia dolico-mesocrania masculina y la mayor dispersión e hiperdolico-crania femenina suponen una combinación “que dentro de la mayor frecuencia de caracteres de mediterráneos gráciles hace pensar en presencia de rasgos pirenaico-occidentales (meso-dolicocefalia junto a cráneos de baja altura: camecráneos)” (Op. cit.: p. 454)<sup>18</sup>. De todo lo cual se concluye que “... el estudio de la población prehistórica de Atalayuela ... corrobora en parte, la homogeneidad racial de la Península en el periodo que se estudia; y que las diferencias tipológicas observadas en algunos ejemplares (pirenaico-occidentales y mediterráneos robustos) permiten pensar en sus relaciones con las vecinas comunidades del Pirineo y de la Meseta, al comienzo de la Edad de los Metales” (Op. cit.: p. 477).

**V. Evaluación global.** En la memoria de 1978 se reitera la importancia del sepulcro también como clave de conexión para el conocimiento de las poblaciones del momento en la zona y sus relaciones culturales: “Aunque parcialmente saqueado el depósito de La Atalayuela, las evidencias culturales que aún pudimos recoger, y muy en especial los restos

<sup>17</sup> Hay una sorprendente alusión a la aparente especial valoración de los varones (“el escaso número de varones adultos que integran las series, venía compensado en un principio por el aceptable estado de conservación de los restos”: Op. cit.: p. 423) probablemente derivada del excesivo esquematismo gramatical del texto. Por otra parte se especifican en el estudio algunos caracteres patológicos: tumores (en un caso “al proceso tumoral originario ha seguido una clara reactivación ósea del tejido circundante”), infecciones y un aneurisma; se cita también un grave traumatismo mandibular que no parece produjera la muerte del individuo, al que se califica de gigante subadulto masculino (Op. cit.: p. 424-425).

<sup>18</sup> No nos parecen ahora muy operativas las comparaciones que se establecen con otras series antropológicas (en unos casos los cráneos, en otros el esqueleto postcraneal y tanto con series prehis-

tóricas como históricas). En el análisis de Basabe (como en tantos otros análisis de las mismas fechas: debiéndose subrayar que el estudio antropológico sobre Atalayuela es uno de los mejores de su tiempo en esa disciplina) algunas medidas del esqueleto postcraneal –tibiae e ilíaco en concreto– se aproximan más a las series europeas en las mujeres que en los hombres (series de las que ignoramos su cronología). En cuanto a la homogeneidad peninsular que se menciona en las conclusiones, podría ser igualmente europea e incluso universal partiendo de análisis tan poco precisos. Poco aclara el análisis antropológico a la visión directa del arqueólogo: más grave es, sin embargo, ver en otros estudios más recientes que el antropólogo mezcla en la misma ‘población’ restos óseos que van desde el Neolítico hasta el Bronce (contenido mezclado típico de dólmenes y cuevas).



antropológicos de los allí inhumados, poseen un valor de primerísimo orden para precisar las características culturales y físicas de aquellas poblaciones eneolíticas. La zona en que se emplaza La Atalayuela resulta clave para determinar la líneas de difusión y áreas de asentamiento de estos grupos –relativamente trashumantes– que intermedian, por una parte entre la Meseta y el continente europeo (por la cuenca del Ebro y la vertiente meridional del Pirineo), y por otra entre la Cornisa Cantábrica y el Mediterráneo (por el mismo valle del Ebro” (BARANDIARÁN, 1978: p. 382).

### 2.3. Los datos consignados en el diario / inventario manuscrito

El diario (con su inventario anejo) que escribió el director de la excavación durante su desarrollo aporta observaciones más prolijas que completan (precisan bastante, en algunos casos) los datos publicados en los informes preliminares y sobre todo en la memoria y en el estudio antropológico de 1978. Muchas de estas anotaciones (especialmente las contenidas en el inventario con el registro tridimensional de los hallazgos) se solían eludir por exigencias de brevedad en lo que se editaba y, además, en el caso concreto de Atalayuela, por considerar que nada añadían a la explicación, que en su día se juzgó suficiente<sup>19</sup>.

**I. Precisiones sobre ubicación de materiales.** Aunque dominante la idea de que Atalayuela destaca como sepultura de inhumación múltiple simultánea, en varias partes del diario se apunta la posible presencia de restos anteriores a esta última ocupación.

Se reconoce la existencia en el paraje excavado de dos conjuntos: el túmulo de enterramiento y el grupo de bloques. La excavación se inició en esta área de la gran piedra<sup>20</sup> (cuadros 1-2/F-G) exterior a la fosa, comprobando se trata de zona revuelta por la actuación de clandesti-

nos. Hoy podemos precisar que los restos allí encontrados no es factible que fueran desplazados desde la zona de la fosa, algo alejada, por sí solos ni por acción de los aficionados, estando también fuera del perímetro de deslizamiento y degradación del túmulo, por tanto, cabe considerar dichos materiales, también prehistóricos, en su ubicación original relativa. Lo que sí borró la actuación clandestina fue cualquier huella de estructura en este lugar, ya fuera de habitación o cultural y asociada o no con los grandes bloques de piedra. La excavación en este entorno resulta casi estéril: lasquitas amorfas y cerámica, alguna decorada, mencionándose además el hallazgo de “algunas zonas aparentemente carbonosas (que habría que investigar detenidamente)”<sup>21</sup>.

Del inventario de materiales (figuran todos con sus coordenadas de latitud y profundidad) interesan algunas anotaciones que aluden a la estratigrafía o a la ubicación de los elementos y su explicación causal. Así, se precisa que los objetos recogidos de 2-4/O-S, proceden del amontonamiento que habían dejado los clandestinos y no parece que en tal lugar haya existido túmulo o estructura ninguna de enterramiento, pues las tierras revueltas (*nivel r*), de destrucción, se superponen directamente al suelo natural arcilloso. (Esta zona está en el borde la fosa pero dentro del contorno marcado como del túmulo, ver lámina 1). Igualmente la limpieza superficial de 1-7/Q-S proporciona fragmentos de campaniforme y un botón-V, pero en esta zona subyace el nivel *a*.

Se aprecia en 1/K-M la persistencia del túmulo, bien conservado en K y L, aunque parcialmente arrasado en M. La aparente conservación original del túmulo se comprueba también en la limpieza de 2/K-L, 3/M-L; en estas franjas (1 y 2) del lado sur, se mantiene el coronamiento tumular por una acumulación de bloques naturales, especialmente de cantos rodados de tamaño medio-grande (ver lámina 2). Se expresa la previ-

<sup>19</sup> Todos los materiales encontrados en la excavación, salvo las lascas de sílex y los fragmentos de cerámica lisa sin definición tipológica, fueron dibujados en el diario. De él hemos recuperado para este trabajo esas ilustraciones: dan una imagen más cercana a la realidad de los hallazgos, especialmente en el caso de las cerámicas, al asociar sus fragmentos reales a las reconstrucciones publicadas en 1978.

<sup>20</sup> Esta piedra tenía huellas de surcos cortos, de distribución aleatoria, quizá de afilar hachas u otros instrumentos (ver BARANDIARÁN, 1978: p. 387-388).

<sup>21</sup> Hay que anotar que dichas huellas carbonosas no vuelven a ser mencionadas en el diario, eran superficiales y seguramente recientes, y fueron borradas por las tormentas que todos los días azotaban el yacimiento.

sión de que lo que lo que se encuentre bajo el túmulo en esta zona se conservará intacto; debe observarse, no obstante, que dicha área está fuera de la fosa de enterramiento, si bien el contenido de ésta –*nivel a2*– igualmente se preservó de alteraciones, salvo en una parte de P-Q.

Aparecen en 3K-M bastantes fragmentos de cerámica lisa, bastante gruesa, a 50-65 cm, y abundantes lascas de sílex negro; aquí, a -70, parece se acaban todas las piedras acumuladas y el suelo se hace horizontal. “Llama la atención la ausencia casi absoluta en toda la mitad sur del túmulo de la cerámica campaniforme, dándose sólo aquí cuencos de pastas groseras, de superficies lisas y mayor grosor de paredes, lo que, a la inversa, no aparece en la mitad septentrional”. Hay en 3N (sectores 2 y 3) restos humanos a unos -65 bajo una gran acumulación de piedras<sup>22</sup>.

En relación con la aparición del cadáver E18 en cuadro 7R se anota el hallazgo de fragmentos de cerámica lisa y otros pequeñísimos con botones repujados y perforaciones cuya procedencia posible se atribuye a las tierras superficiales revueltas (lám. 3 y 3b). En 5Q aparece un punzón de cobre y cuatro cráneos de adultos. En 3P abundantes huesos pertenecientes al menos a tres individuos (uno infantil flexionado sobre su lado izquierdo). Se aprecia la mayor profundidad de la fosa hacia el lado sur, máxima en 1O. En la limpieza del infante E19 aparecen, entre -70 y -74, los restos muy deteriorados de los huesos de su esqueleto postcraneal<sup>23</sup>.

En 3P a -80, directamente sobre el fondo de la fosa hay un fragmento pequeño de cerámica lisa espatulada: “ante este hecho merece recordarse que apenas han aparecido trozos de campaniforme en las zonas inferiores de la estructura de enterramiento, sino estas especies lisas, lo que acaso haya que interpretar como indicio de tradiciones o culturas algo anteriores”. También en 3O a -79, hay cerámica tosca lisa.

Se realiza una trinchera por las bandas 1 y 3 en L, M, N, para ver el inicio del túmulo de sur a norte, ya que en la mitad norte estaba muy arrasado; se recogen así varias lascas de sílex, fragmentos de cerámica lisa y una punta de flecha lenticular (en 3M.79; lám. 5a-10).

Es llamativa la acumulación de cadáveres en la zona noroeste de la fosa, con 5 ó 6 sin apenas diferencia de profundidad, unos sobre otros (lo que se evidenciará como inhumación simultánea); los restos hallados que se consideran los más profundos, entre -80 y -85, son los E45, E47, E52, E53, E54<sup>24</sup>. En 5Q (sect. 2), casi en el mismo fondo de la fosa aparece la aguja de hueso de orejeta perforada. Se significa la escasez de ajuares aun teniendo en cuenta el expolio.

**II. Reconstrucción de vasijas campaniformes.** Mediada la excavación, se reflejó en el diario el intento de la primera reconstrucción provisional de vasos campaniformes acoplando los fragmentos recuperados para establecer el número aproximado de ejemplares, que se denominaron con letras.

De casi 50 fragmentos se deducen al menos 6 recipientes. Sobre los varios fragmentos de un vaso (A) (lám. 4d) y un cuenco (B) (lám. 4c), se observa: que el vaso B tiene la mayoría de los fragmentos centrados en dos cuadros contiguos y profundidades similares (dos cotas separadas por 10 cm); y que el vaso A está ostensiblemente disperso por unos cuadros que parecen contornear el agujero de los clandestinos.

De los vasos C, D y E se recuperó un sólo fragmento: C es el fragmento de retícula incisa (lám. 4a-6), D es el fondo de puntillado geométrico (vaso F; lám. 4b); el vaso E (3N.50.3) es el *internacional*. El vaso F (lám. 4b) es un fondo plano con decoración radial: todos sus fragmentos aparecen en el cuadro 1M a 50 cm<sup>25</sup>. De momento todos los fragmentos de puntillado

<sup>22</sup> Es la zona que luego se consideró “ampliación” de la fosa, los huesos a los que se alude eran fragmentarios y dispersos y su leve profundidad cabría atribuirlos a desplazamiento probable de anteriores inhumaciones.

<sup>23</sup> Los restos de E19 aparecen en el cuadro 5R, ángulo NW (ver fig. 3b de BARANDIARÁN, 1978), siendo más visible su cráneo; su profundidad sugiere que pertenece también a la posible fase funeraria que precede a la inhumación múltiple simultánea; recordemos respecto a la publicación de 1978 la confusión de los pies de las figuras que atribuye la que se acaba de citar a los “intermedios” aunque en realidad corresponde a los “profundos”.

<sup>24</sup> Salvo E45, subyacentes todos a los dibujados en el plano de figura 3b de Barandiarán (1978), algunos son restos muy fragmentarios.

<sup>25</sup> Del mismo fondo puntillado geométrico es el fragmento que publica Marcos (1973, fig. 12) y a él corresponde igualmente el llamado vaso D, con un sólo fragmento. Este vaso F (fondo) se reconstruye en la publicación de 1978 unido a los otros fragmentos del perfil del puntillado geométrico de 5N; en los dibujos del diario parecen distintos pero puede ser por estar más rodado el fondo (tampoco Marcos apreció el puntillado).

–internacional y geométrico–, se sitúan en la zona sur del túmulo y fuera del contorno de la fosa. Se calculan 7 u 8 ejemplares de campaniforme y 4 o 5 al menos de vasijas lisas; y se consideran “importantes los dos fragmentos de puntillado muy fino; su grado de fragmentación corresponde bien a lo normal en los dólmenes de la zona pirenaica y de la Rioja Alavesa”.

**III. Situación y asociaciones de los restos esqueléticos.** Recuperamos del manuscrito del diario algunas precisiones complementarias<sup>26</sup>:

E1.- aflora casi en la superficie de 7Q, afectado en parte por el agujero de los clandestinos; es sólo un cráneo en parte cubierto por pedruscos de tamaño pequeño.

E2.- En 1Q-3Q (datado por c14 en 4060 b.p.). Con él se puede asociar una punta de flecha (lám. 5a-5) y un fragmento de fondo campaniforme (3Q, -55). En el mismo lugar de E2 puede haber dos cadáveres prácticamente superpuestos uno a otro; al inferior se le llama E2b; está prácticamente completo aunque muy desmenuzado.

E5.- Cuadro 7S. En contacto con E3 cuyo cráneo toca con las rodillas; es la mitad inferior de un cuerpo (pelvis, fémures, tibias, peronés.....); tiene las piernas plegadas totalmente.

E15.- En 5R, sector 5, a -75 un cráneo completo; como la mayoría de los recuperados hasta ahora está rodeado de un cerco de piedras; aparece el resto del esqueleto, el más completo de los hallados hasta ahora.

E17.- En 3R-S, casi adosado a la mayor losa del contorno del sepulcro<sup>27</sup>.

E18.- En 7R, comienza a aparecer en el límite NW de la fosa. Junto a él se recogen (pero acaso procedentes de las tierras superficiales revueltas), cinco fragmentos de cerámicas lisas y dos muy pequeños decorados, uno con botón repujado y otro con perforación rota.

E19.- En 5R, entre -70 y -74, restos deteriorados de un esqueleto infantil, igual que E25

descansa sobre el lado izquierdo; parte de su cráneo, muy destrozado, está en el cuadro 7R.

E25.- Infantil, descansa sobre su lado izquierdo: el cráneo en apariencia asociado a él corresponde a la columna vertebral de otro (E36),

Figuran en el diario varios croquis de distintos cuadros y la ubicación en ellos de los esqueletos; en 7Q aparecen los restos que se consideran los más profundos, entre -80 y -85 (son los E45, 47, 52, 53 y 54); algunos de estos restos no fueron representados en los planos de la publicación de 1978; uno de los más profundos, el E52, aparecía tumbado sobre su costado izquierdo.

#### 2.4. Reflexiones actuales

**I.** Por una parte se plantea la **validez del sistema de recuperación aplicado a Atalayuela**. Se puede asegurar hoy, a los treinta años largos, que el desarrollo de aquella actuación arqueológica fue excelente. Consiguió la notable precisión topográfica (mediante control por coordenadas y plasmación en planos y cortes) que permite una afinada localización de cada elemento y una muy útil contextualización (relación) entre los elementos (objetos muebles, restos antropológicos y ‘construcción/es’) de este yacimiento.

**II.** Los datos publicados sobre el sitio requieren **completar su explicación** con la precisión que las circunstancias impidieron desarrollar en su momento pero que se conservan registradas en manuscrito. Reconocemos la mala calidad de los planos topográfico y de distribución de restos antropológicos (en figs. 2, 3, 3a y 3b de la memoria de 1978), que aun siendo dibujos de línea fueron reproducidos fotográficamente; sus originales son ya irre recuperables al haber quedado en poder de la editora.

Intentaremos sustentar gráficamente nuestra revisión actual, ubicando en planta y corte los materiales hallados, de acuerdo con su sigla. Se han preparado una serie de láminas a partir de

<sup>26</sup> La reproducción adecuada de los planos de distribución de la mayoría de los cadáveres puede verse en BARANDIARÁN, 1978: figs. 3, 3b y 3c.

<sup>27</sup> Este esqueleto (BARANDIARÁN, 1978: fig. 3b), fuertemente replegado, podría pertenecer a la fase de uso anterior a la inhumación

simultánea; estaba embebido en el fondo de la fosa y fue posteriormente datado por c14 en 4110 b.p. La zona de aparición fue más afectada por el agujero de los clandestinos por lo que los excavadores llegamos pronto a estos restos que estaban sin embargo casi en el fondo de la fosa.

un plano general del dossier de campo de I. Barandiarán, pero que no fue publicado en ninguno de sus tres textos sobre el yacimiento. Se complementa con la visión vertical de la estructura tumular del enterramiento según el corte publicado en 1978, con algunas adaptaciones para mejorar la claridad de la visión en vertical de los objetos (lám. 2). Todos los elementos que figuran en el inventario del diario con su registro de profundidad se han trasladado al correspondiente plano de situación, faltando, lógicamente, los hallazgos de nivel revuelto. La sigla que acompaña a las piezas dibujadas es una simplificación de la real, mucho más explícita (incluyen nivel, sector u otros datos), ya que basta para el presente estudio la mención del cuadro y la profundidad en que se ubican.

Como ya se ha indicado, se reproducen los dibujos del diario de campo (y también las ilustraciones publicadas por A. Marcos) asociados a su respectiva pieza ‘reconstruida’ en la memoria de 1978, y a continuación del correspondiente plano y corte de situación de los diferentes grupos de materiales. De esta forma se aprecia que los fragmentos que se pueden atribuir a cada vasija son realmente escasos en las que consideramos más antiguas mientras que los recipientes campaniformes más modernos están casi enteros.

**III. Matizaciones.**- Aunque la precisión de las medidas tomadas en la excavación permite aprovecharlas en la reconstrucción actual, se ha de tener en cuenta el lapso informativo que media entre la excavación –con la simultánea redacción del diario– y su publicación. Es en este lapso ‘de laboratorio’ y de reflexión cuando se corrigen y se decantan las observaciones directas sin la presión inmediata del trabajo de campo; los criterios seguidos en esta fase de simplificación/reposo de ideas no han sido explicitados en la publicación de la memoria.

En el listado de estas discordancias –menores, desde luego– entre ambos lotes de datos (los incluidos en los manuscritos de campo y los publicados al fin) reconocemos, por ejemplo, que:

- las profundidades que figuran en la sigla de los objetos, que según se deduce de la publicación deberían referirse a la cota máxima del plano cero (10 cm por encima de la cuspide del túmulo restante en la intersección 3/5 del corte), lo hacen a una cota más baja, concretamente a 25 cm por debajo, rasante a la que se instaló el triángulo fijo de referencia (‘popof’), de uso más práctico e inmediato que la muy precisa determinación por el nivel óptico (‘teodolito’) a cuyo plano se refieren las cotas que figuran en el plano topográfico de la figura 2 de 1978<sup>28</sup>.
- en el dibujo del corte por el contacto de la bandas 3/5 (figura 5 de la publicación de 1978) el nivel horizontal marcado por las cruces de las intersecciones de los cuadros, no corresponde al plano cero absoluto sino que, por conveniencia de la representación gráfica, se colocó tangente a la altura máxima del túmulo en ese punto, 10 cm. bajo el plano cero.
- los dibujos de materiales en el diario no reflejan con precisión el aspecto actual de algunos fragmentos cerámicos, sin duda por la limpieza intencionadamente somera que se efectuaba en el lugar para no deteriorar las superficies muy rodadas, siendo así imposible apreciar algunos de los detalles que se evidenciaron al pasar a manos de los restauradores de las vasijas: así se dibujaron en el diario algunos fragmentos como incisos, resultando luego puntillados (los de 2D-4D 110), o se dibujó no decorado algún trozo (fragmento 2Q.35.9) que posteriormente se definió como de campaniforme inciso.

### 3. INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LOS DATOS

El punto de partida de esta reinterpretación es la alusión inicial (BARANDIARÁN, 1973: p. 96-97) a un posible uso funerario en La Atalayuela precedente a la inhumación múltiple simultánea.

<sup>28</sup> Por eso, se observará que la “parrilla” (dividida en tramos de un metro en horizontal y en cuatro de 25 cm en vertical), que se ha superpuesto en el dibujo de los cortes en este texto, y que es la base para situar los hallazgos en profundidad según su sigla, no tiene su inicio superior coincidente con la cima del túmulo en 3/5,

sino que arranca 15 cm por debajo; la razón es que a los 25 cm por debajo del cero absoluto en que se instaló el triángulo de referencia, deben restarse los 10 cm por debajo del cero que tiene la cima del túmulo por el contacto 3/5.

Los textos de 1973 y 1978, según la norma de la época, se limitaron a la síntesis expositiva de los datos empíricos y a la descripción de los resultados de la excavación: su interpretación no excedió lo que los datos por sí mismos directamente indicaban. Tal positivismo entonces normal no estaba exento de alusiones interrogantes hacia una explicación más compleja del sepulcro. Así, en la memoria extensa (BARANDIARÁN, 1978: p. 420 y ss.) se reconoce: a, que no fue posible establecer asociación individualizada de los inhumados con los materiales del depósito; b, la notable escasez del material arqueológico (en especial de elementos de “uso personal” y habitualmente portados: cuentas, botones o punzones) frente al número de cadáveres; y c, la diversa distribución del material mobiliario: mayor densidad de cerámica campaniforme, cuentas de collar, puntas de sílex y elementos metálicos en la mitad septentrional de la fosa, y abundancia de recipientes lisos y lascas no retocadas en la mitad sur (si bien fuera de la fosa).

Respecto al depósito antropológico, se establecen: a, la evidencia de un solo momento en la inhumación colectiva, deducible de las estratigrafía, disposición y conexión de los cadáveres; b, la variedad de edades y sexos que expresa la composición normal de un grupo completo de población; y c, la hipótesis de que tal composición del grupo inhumado se haya de atribuir a alguna enfermedad epidémica o factor catastrófico extraordinario, como una guerra.

Frente a lo publicado, en el diario las alusiones a posibles usos anteriores son más claras. Como cuando se comenta la aparición en 3P a -80, directamente sobre el fondo de la fosa, de un fragmento pequeño de cerámica lisa espatulada: “ante este hecho merece recordarse que apenas han aparecido trozos de campaniforme en las zonas inferiores de la estructura de enterramiento, sino estas especies lisas, lo que acaso haya que interpretar como indicio de tradiciones o culturas algo anteriores”. Por otra parte, la advertida fragmentación de huesos sin aparente conexión en 3Q, se explica por su contacto con el suelo arcilloso.

### 3.1. La distribución de los materiales a partir de una lectura de los planos de distribución

Aunque la distancia en altura entre materiales supuestamente más antiguos y los más

modernos no es excesiva (no puede serlo, pues la potencia estratigráfica total es muy débil), si la combinamos con su situación en plano, distinguiendo también las zonas alteradas por los clandestinos de las intactas, se aprecian claras diferencias.

**Lámina 1.-** Muestra claramente las zonas afectadas por las excavaciones clandestinas (cuadros 1-5/P-S). La dispersión de restos óseos en cuadros externos a la fosa y su menor profundidad en éstos indica la acumulación de las tierras extraídas del agujero y depositadas alrededor, *sobre* el túmulo, lo que avala que los materiales hallados en estas mismas zonas (campaniformes incisos sobre todo, que tienen las cotas más altas), fueron también extraídos y dispersados, pues aunque teóricamente pudieron haberse depositado fuera de la fosa o preexistir en las tierras que se acumularon para formar el túmulo, no se puede pensar lo mismo de los restos óseos que les acompañan.

En este plano quedan reflejadas las dos zonas excavadas del yacimiento: la probablemente estéril y con materiales de depósito secundario de la zona sur (cuadros 1-3, 2-14/A-J), con grandes piedras, y el túmulo funerario (1-11, 2-6/K-U) que cubría la fosa (1-7/N-S), de la zona norte.

**Lámina 2.-** La figura A representa el corte estratigráfico de la sepultura y sus niveles; la B es la adaptación (eliminando las tramas) para ubicar los hallazgos en vertical según sus cotas.

**Lámina 3.-** En esta distribución de la cerámica no campaniforme (láms. 3a, b, c) se incluyen tanto los fragmentos citados en el inventario del diario, como otros muchos señalados en el plano de distribución inédito, siempre que tengan mención de la profundidad (en dicho plano hay más fragmentos, sin indicar cota, acumulados densamente en los cuadros 3/K-N).

Es grande la densidad de fragmentos amorfos de cerámica en torno a las grandes piedras de las bandas D-F-G, y especialmente en los cuadros de la zona sur del túmulo (3/K-N), fuera de la fosa: la misma distribución que veremos en las lascas de sílex. Las cotas de profundidad en esta zona se concentran en torno al contacto entre el nivel *b* subyacente natural y el nivel *a1* que forma la acumulación artificial del túmulo. Aun-

que en muchos de los elementos parecen situarse por encima del contacto entre ambos niveles, teniendo en cuenta las irregularidades de la superficie del suelo original y que se trata de una proyección de todas las profundidades sobre la línea de contacto de las bandas 3 y 5 la representada en el corte), podemos considerar que estos fragmentos reposaban en dicha superficie cuando sobre ellos se constituyó el túmulo.

La heterogénea y aleatoria distribución vertical y horizontal de los mucho más escasos fragmentos del interior de la fosa, algunos con decoraciones de tipos calcolíticos antiguos (lám. 3b), muy pocos y muy fragmentarios, podría explicarse tanto por efecto de las excavaciones clandestinas como por la remoción de enterramientos antiguos, previos al múltiple simultáneo, que pudieron acompañarse con estos vasos cuyos fragmentos se mezclarían luego con las tierras del túmulo que cubrió las últimas inhumaciones.

**Lámina 4.-** La distribución de la cerámica campaniforme es distinta según sus variedades. Los tres únicos fragmentos de *campaniforme internacional* (lám. 4a-1) están fuera de la fosa, uno en el área de las grandes piedras (3H) y dos (5N) en la zona donde se acumula la cerámica lisa y ligeramente por encima de ésta. Cabría pensar que proceden del interior y fueron desplazados afuera al efectuar la inhumación simultánea; al igual que los también escasísimos trozos de cerámicas calcolíticas antiguas (lám. 3c), pudieron formar parte de los depósitos de inhumaciones previas.

El *campaniforme puntillado geométrico* (lám. 4b) ocupa la misma posición que el anterior, en 5N (y 1M, los fragmentos del fondo), pero con la significativa diferencia de que se trata de un vaso prácticamente entero aunque muy fragmentado. Su presencia en este lugar y cota dentro del túmulo, que en esta parte estaba intacto, se podría explicar como fruto de una ofrenda en la zona de la posible entrada del recinto cuando este fue clausurado (y previa-

mente desmantelado), una vez efectuada la inhumación múltiple simultánea.

El *campaniforme inciso* (láms. 4a: 4, 5, 6-7; 4c y 4d) es la única especie del campaniforme cuya distribución horizontal coincide en parte con el interior del perímetro de la fosa. En cuanto a sus profundidades, todas exceden el nivel de las variedades anteriores y están siempre por encima del de las inhumaciones, salvo dos fragmentos (3P.70 y 3R.75) que pudieron caer en el mismo cráter de la excavación clandestina por efecto de la remoción de las tierras efectuada por “los próceres de la localidad” que mencionaba A. Marcos. La situación secundaria de los que aparecen en el exterior del recinto –sobre todo en la banda 2–, coincide prácticamente con la de los restos óseos también desplazados (lám. 1).

Aunque estas circunstancias sugieren que la situación del campaniforme inciso era muy superficial, precisamente toda el área que cubre su distribución en el túmulo está notablemente desmantelada, lo que impide establecer con seguridad si los vasos fueron depositados *sobre* el nivel de los inhumados (pero nunca asociados a éstos) o en cotas más altas del túmulo, que pudo ser recrecido en un momento posterior al de la clausura. Fueran o no cubiertos con nuevas capas de tierra, es bastante probable que los vasos incisos se depositaran en una o varias fases posteriores al enterramiento simultáneo y que quizá permanecieran un tiempo a la intemperie, lo que explicaría la pérdida de la mayoría de los fragmentos en muchos ejemplares.

Los dos vasos más completos (láms. 4b y 4c) podrían denunciar una situación más precisa de su depósito sobre el nivel de inhumación, pero su dispersión es total. La aparente coincidencia de varios fragmentos sobre la línea de contacto entre el nivel a1 y a2 en los cuadros Q y R, que se aprecia en el corte de la lámina 4, puede ser efecto de la proyección de los varios fragmentos dispersos por los cuadros de ambas bandas, posiblemente en posición secundaria generada por la profundidad a la que en esos puntos llegó la excavación clandestina<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> Que los campaniformes incisos de La Atalayuela sean una ofrenda posterior al enterramiento es una posibilidad razonable ya apuntada anteriormente (ANDRÉS, 1998: p. 122) y ahora sugerida también en el caso de Tres Montes (ANDRÉS, GARCÍA y SESMA, 2002): en el nivel más superficial de esta tumba clausurada, separado por más de dos metros de sedimentos estériles del campaniforme internacional del fondo del sepulcro, apareció un tosco fragmento inciso; aunque en principio se podría pensar en una ocupación, habitacional

incluso, esporádica, ignorante quizá de la tumba subyacente, la propia topografía del ‘túmulo’ natural y la reducida superficie de su cima convierten el sitio, nada resguardado de los elementos y los ataques, en poco apropiado para instalarse. Con estas premisas parece también absurdo que quedaran como restos de una ocupación tan liviana y superficial restos de una cerámica especial como es el campaniforme: es más razonable pensar en ofrendas intencionadas, que reconocen el sitio fúnebre y perpetúan su memoria.

**Lámina 5.-** Ofrece la distribución de los elementos de piedra tallada<sup>30</sup>. Las numerosas lascas de sílex acumuladas en la parte sur —e intacta— del túmulo se sitúan a partir de los datos del plano de distribución inédito pero no tienen un registro individualizado de profundidad, por lo que no figuran en el corte. Las piezas líticas de función diversa se distribuyen aleatoriamente dentro y fuera de la fosa, y aunque son más numerosas en el sur del túmulo su presencia puede ser casual y fruto de la remoción de las tierras durante las fases de uso de la estructura funeraria (pero, en todo caso, siempre anteriores a las remociones clandestinas, que no afectaron a esta zona del túmulo); no parece que formen parte de ningún “ajuar” asociado a los inhumados.

En cuanto a las puntas de flecha, su escasez respecto al número de inhumados, su diversidad tipológica y el deterioro de casi el 50% de los ejemplares, impide igualmente considerarlas como ofrenda viática de los enterrados, siendo probable que accedieran a la tumba dentro de los cadáveres y fueran la causa de muerte de alguno de ellos. En su distribución, aunque la mayoría están dentro del contorno de la fosa, en profundidad algunas superan el nivel de los enterramientos, lo que se puede atribuir a las remociones modernas. La aparente concentración de saetas en 50 se desdibuja por la elevada cota de dos de ellas que se sitúan por encima del nivel de aparición de los cadáveres, hecho difícil de explicar salvo aceptando su inclusión en las tierras tumulares.

La misma explicación serviría para la punta foliforme, la de apariencia más antigua (lám. 5a-10), hallada fuera de la fosa y bajo el túmulo intacto, aunque directamente sobre el nivel *b*, posible “suelo” previo, asociada a los materiales más antiguos allí preexistentes o desplazados en parte del interior del sepulcro antes de la deposición múltiple (de la que también pudo caer justamente al efectuarse la misma).

Si para las distintas especies diacrónicas del campaniforme podíamos encontrar explicación razonable que las relacionara con diferentes fases del uso sepulcral, en el caso de las flechas, cuyos diversos tipos también parecen reflejar una diacronía cronológica, su aparente asociación a la inhumación múltiple simultánea nos obligaría a aceptar la perduración de formas diversas que en estratigrafías de la zona aparecen evolutivamente separadas. No obstante, hay otras posibilidades de explicación, como la que se acaba de apuntar para la punta n° 10; aunque el tipo de la mayoría de los ejemplares (de pedúnculo y aletas) las haga habitualmente más coherentes con la fase del campaniforme inciso, que hemos considerado hipotéticamente como ofrenda posterior a las inhumaciones últimas, no existe contradicción al respecto, puesto que en la zona hay dataciones que sitúan su presencia a partir de mediados del tercer milenio<sup>31</sup>.

**Lámina 6.-** En esta repartición de objetos de diversos materiales<sup>32</sup>, la lámina 6a configura la única posibilidad de “ajuar” de los inhumados, pero no como depósito adicional de ofrendas sino representando los escasos elementos de materia no percedera que los enterrados portarían sobre sí. Su cota de altura los sitúa dentro de la fosa, salvo los desplazados fuera por remoción clandestina, que aparecen más superficiales. La punta de hueso en dos fragmentos (lám. 6a-2), un tipo que parece de cronología más tardía que el propio campaniforme inciso, al estar desplazada, imposibilita su atribución probable al depósito funerario o a una pérdida posterior. En relación con los enterrados de la inhumación simultánea parecen los punzones de cobre y quizá también la aguja con orejeta perforada (láms. 6a, 5, 6, 7 y 1 respect.), aunque ésta, sobre el suelo mismo del sepulcro, podría ser también anterior<sup>33</sup>. Como otros elementos, tam-

<sup>30</sup> Se recogen sólo aquellos de los que consta situación tridimensional. Se reproducen los dibujos de la publicación de 1978, al no existir diferencias con los del diario y ser de mejor calidad.

<sup>31</sup> Se fecha así en el abrigo de La Peña de Marañón, en -2400 (CAVA y BEGUIRISTAIN, 1992) y en -2520 en el abrigo de Peña Larga (FERNÁNDEZ ERASO, 1989), en este caso para una punta de aletas incipientes. Por lo que respecta a la punta n° 11, con muescas en la base, no es un tipo corriente pero podría ser coetánea de la mayoría; su forma se puede achacar incluso a cuestiones técnicas de fabricación, al no poderse completar adecuadamente una forma de pedúnculo y aletas por la excesiva estrechez del

soporte; así lo sugiere el análisis morfo-técnico realizado sobre las puntas del sepulcro de La Costa de Can Martorell (PALOMO y GUIBAJA, 2003: p. 191). La tipología y variantes de las puntas propias de esta gran área que abarca el alto y medio Ebro se explican en Andrés (1978) y Cava (1984).

<sup>32</sup> Se reproducen para este grupo los dibujos de la publicación de 1978, por ser iguales, con ventajitas, a los del diario.

<sup>33</sup> Bajo el último enterramiento efectuado en el sepulcro de Tres Montes apareció una aguja semejante a la de La Atalayuela. Esta tumba ofreció dataciones equiparables a La Atalayuela y campaniforme internacional como único “ajuar”.

bién apunta a la fase inicial del calcolítico el botón-V, de casquete esférico.

**En síntesis**, y completando el comentario sobre la distribución de los materiales, podemos destacar la concentración de hallazgos en los cuadros 1-5/L-N, bajo una parte del túmulo no alterada, y con elementos de tipología relativamente más antigua en cerámica y piedra. Las causas de la peculiaridad de esta área pueden ser varias:

1. Que fuera lugar de preparación del enterramiento o de reunión de ‘banquete ritual’ u otros, lo que explicaría la abundancia de cerámica quizá rota ritualmente tras las ceremonias, pero no las abundantes lascas de sílex.
2. Que haya sido un sitio ocupado previamente para efectos prácticos o domésticos, como lugar de talla, en relación con una posible cabaña, precedente de la fosa, lo que explicaría las lascas pero difícilmente la abundancia de fragmentos cerámicos.
3. Que resulte una combinación, sucesiva o simultánea, de los usos sugeridos.
4. La aparente mayor antigüedad de los materiales de esta zona puede ser explicada como efecto de la ‘limpieza’ de la fosa antes de efectuar la inhumación simultánea, tanto si fue una tumba previa como una vivienda, y tanto si la limpieza fue ritual o ‘consciente’ o simplemente práctica y necesaria.

En todo caso, algo ritual insinúa esa concentración no conectada a “restos de cocina” ni hogares (de los que no se encontró ni un rastro), sin apariencia de basurero y con una inexplicable densidad de fragmentos cerámicos. Otra cosa cierta, y confirmada por las dataciones, es que el enterramiento simultáneo es de una primera fase del Calcolítico en la zona, por lo que, tanto sean restos de banquete como de limpieza, los depósitos de estos cuadros pudieron producirse al mismo tiempo que este último enterramiento.

La última sugerencia que luego comentaremos, alumbrada por el sepulcro de Tres Montes, es el posible cometido de Atalayuela como “casa mortuoria”, siendo esta zona (1-5/L-N) el atrio en el que se realizaran rituales durante su uso o hacia el que se desplazó material del interior cuando se dismanteló y clausuró la tumba tras el enterramiento simultáneo.

### 3.2. *La datación del sepulcro y su contenido*

Con criterios morfológicos, fue inequívoca la datación general del sepulcro por lo característico del ajuar, con seguridad eneolítico y semejante a conjuntos próximos fechados entre 2000 y 1700 a.C. (BARANDIARÁN, 1978: p. 422), con el campaniforme inciso como extremo final. Las dataciones radiocarbónicas de huesos de los inhumados buscaban una solución para el problema que planteaba la coexistencia en ‘el sepulcro’ de especies campaniforme de diferente cronología, pero no lo resolvieron totalmente.

No sólo parte del campaniforme, sino otros elementos apuntan a dataciones que preceden a este hito terminal en tres o cuatro siglos. Tales, por ejemplo, las cuentas discoidales de calaíta que sugieren cierto matiz arcaizante (“más utilizadas en un Neolítico pleno se fueron rarefizando en el avance de las Edades del Metal” seg. BARANDIARÁN, 1978: p. 415) y que en la Rioja Alavesa las fecha A. M. Muñoz en el 2000; o los punzones de cobre y los botones-V en casquete esférico que son tipos anteriores a los demás objetos de cobre –siempre escasos–, como puñales o ‘palmelas’ u otras formas de botones-V, que caracterizan el Calcolítico por nuestras latitudes.

La seriación relativa de los materiales, singularmente de los campaniformes, es importante para determinar el uso de las fases del sepulcro, si hemos partido de la base de no admitir la perduración de los tipos antiguos en fases más recientes, sino su diacronía, bien probada estratigráficamente<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> En el congreso de Riva de 1998 sobre el campaniforme, Harrison y Mederos (2001), proponen para el campaniforme de la España central una secuencia clara apoyada en estratigráficas, como la de Moncín (1º: AOO, 2º: puntillado geométrico, 3º: Ciempozuelos, 4º:

Epi-campaniforme, 5º: Silos) aunque no confirmada sin ambigüedad por el C14. Afirman, basados precisamente en las dataciones de La Atalayuela, el solapamiento del AOO con el Ciempozuelos y el intermedio –puntillado geométrico– con ambos.



La sucesión relativa de los estilos del campaniforme comenzaba a aclararse entre la fecha de la excavación de La Atalayuela y la de su publicación; la seriación relativa, coincidente en diferentes lugares en los que se realizaban estudios más detenidos y con mayor abundancia de datos, señalaba la prelación del “marítimo”, seguido del puntillado geométrico y éste del inciso<sup>35</sup>. La sucesión del puntillado geométrico respecto al internacional es cuestión relevante para La Atalayuela, pues un vaso de aquel estilo (lám. 4b) pudo depositarse entero –como lo fueron los posteriores, incisos– por tanto, podría tener relación con alguna ceremonia de enterramiento y, al estar sobre el suelo que fue cubierto por el túmulo que culminó la tumba, correspondería a la última, a la inhumación múltiple, que es la que resultó datada por C14; por tanto, esas dataciones fecharían el campaniforme puntillado geométrico, los débiles restos de *internacional* serían anteriores (quizá de las primeras utilidades del sepulcro) y, por supuesto, el inciso posterior a todo el conjunto funerario.

La datación radiorbónica de la inhumación se efectuó varios años más tarde (HARRISON, 1988). Los huesos fechados procedían de los esqueletos E2, E17 y E42, y ofrecieron las dataciones de: E2 en 4060±60 b.p. (nivel superior, hombre); E17 en 4110±60 b.p. (nivel medio, hombre); y E42 en 4120±7 b.p. (nivel medio, mujer)<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> G. Moreno (1971-1972) utiliza el nombre de *puntillado geométrico*, más expresivo y desde luego más objetivo que otros de base toponímica –siempre un criterio tendencioso– (como “Tipo Palmela”, datado en Zambujal en 2045 a.C.), o referidos a una seriación cronológica local (la Fase II de Guilaine, en su estudio de 1967); la ventaja de esta denominación es que resalta la técnica del puntillado derivado del internacional y evidencia la evolución, ya autóctona, hacia el inciso con motivos geométricos.

<sup>36</sup> Precizando el origen de las muestras datadas: una anotación del diario advierte que con la sigla E17 se recogieron fragmentos óseos pertenecientes acaso a distintos cadáveres y que el E2 se superpone a otro, denominado E2b, suponiéndose que la datación es del primero. Lo lamentable es que de la zona sur del recinto, que parece conservar la mayor parte de los restos más antiguos, fragmentados e incompletos (salvo el E25, casi completo, orientado al lado contrario que los demás y sobre su lado izquierdo (como el E19, también niño, o el E52, ambos también sobre su lado izquierdo y embebidos en el suelo de la fosa pero de la zona este del sepulcro, bajo la inhumación simultánea), no se obtuvo datación. O sea que las fechas son de cadáveres de la mitad norte del sepulcro: el E2 es de las capas más superficiales, pero con el E17 y el E42 forma parte de la deposición múltiple simultánea a pesar de que sus respectivas dataciones parezcan sugerir un cierto escalonamiento cronológico coherente con la diferencia de profundidad relativa.

Frente a la sugerencia de I. Barandiarán de que pudiera haber una fase anterior de enterramiento, opina R. J. Harrison (1988: p. 465), ante el hecho de que la fosa se excavó en suelo virgen y no hay huellas de asentamiento en la zona que pudiera contaminarla con su detritus, que todo el material debe verse como deliberadamente incluido y se puede considerar como hallazgo cerrado: por tanto, para este autor las dataciones, estadísticamente indistintas, confirman el enterramiento como acontecimiento único. Debe reconocerse, en cuanto a la coexistencia de diferentes campaniformes, que la calibración solapa las fechaciones y que se puede afirmar así un reducido transcurso temporal entre las tres variedades; pero es evidente, ante la ahora reconstruida estratigrafía de La Atalayuela, que no son simultáneas<sup>37</sup>.

### 3.3. Paralelos y contexto cultural

La ubicación crono-cultural inequívoca de todos los elementos del mobiliario es el Calcolítico: dentro de él, sólo podremos diferenciar una fase más antigua y otra más reciente. Son ahora mucho más abundantes que hace 35 años los conocimientos que permiten establecer relaciones del efectivo de Atalayuela con la *cultura material* de otros enclaves.

A pesar de su escasez, los materiales de La Atalayuela proporcionan sugerencias de su rai-

<sup>37</sup> R. J. Harrison afirma que el diseño local surge rápidamente, casi espontáneamente, una vez que se conoce el marítimo y que alcanza un largo periodo de popularidad con un repertorio de diseños estable (Op. cit.: p. 467); el autor aporta la misma impresión de evolución rápida para el caso de Zambujal y otras localidades. Se deduce que no hay una transición larga entre los estilos marítimos y los locales, lo que ocurre en el Ebro medio a inicios del tercer milenio BC (cal.), marcando La Atalayuela un preciso momento de este proceso de diferenciación estilística (Op. cit.: p. 468). Dejado de lado el problema de las calibraciones de estas fechas, que pone de manifiesto Harrison y sin entrar en la conveniencia o no de tal práctica, dos hechos resaltan: 1º, la machacona insistencia de las dataciones entre 2200-2100 a.C. para el campaniforme internacional, a las que se añaden ahora las de Tres Montes, sepultura de corta duración con sólo estas fechas (salvo una claramente desechable) y sólo esta cerámica; y 2º, que al margen del lapso temporal que los separe, está probada –también estratigráficamente–, la prioridad del internacional sobre el inciso y el intermedio de la versión conocida como ‘puntillado geométrico’. Esto es lo que hay en La Atalayuela, la gradación de un cambio, la misma evolución que se puede comprobar en casi toda Europa. No es en principio admisible la perduración conservadora de tipos antiguos cuando ya se realizan los más recientes.

gambre europea. Algunos apuntan al ámbito suizo o del Jura, otros –como el mismo campaniforme internacional–, más heterogéneos en sus posibles caminos; pero el conjunto no se caracteriza precisamente por su “autoctonismo” sino que denuncia una situación de contactos que implica al menos a todo el cuadrante NE peninsular y el sur de Francia<sup>38</sup>.

La aguja de hueso con orejeta (lám. 6a-1), por su presencia excepcional en la Península Ibérica y sus prototipos transpirenaicos, es la pieza más significativa (aparte del propio campaniforme internacional) para aludir a relaciones exóticas (Op. cit.: p. 421-422)<sup>39</sup>. Esta pieza tiene ahora otro paralelo más próximo –en todos los sentidos–, que corrobora la posibilidad de su exotismo: la aguja de Tres Montes, que difiere sólo en la forma y posición de la orejeta, que es circular, no oblonga y el orificio, centrado, la ocupa casi por completo, se sitúa en el extremo proximal sin que el eje de la aguja la sobrepase; acompañaba al último de los inhumados.

Siempre es más arriesgado admitir influencias exóticas sobre la cerámica. Por su consideración tradicional de “marcador cultural”, o étnico incluso, reconocer semejanzas equival-

dría casi a aceptar un contacto demográfico. No nos referimos ahora al campaniforme; lo que merece ser destacado para el propósito de este estudio es la proliferación de hallazgos de vasijas lisas con pequeños botones repujados o perforaciones en el borde (lám. 3b), que cuando se excavó La Atalayuela apenas eran conocidas por nuestras latitudes y hoy aparecen bien representadas en otros lugares de la cuenca del Ebro y la Meseta<sup>40</sup>. En general corresponden al inicio del Calcolítico y se asocian muchas veces al campaniforme internacional; como él, parecen incluidas en corrientes culturales que impregnan gran parte del occidente europeo, Francia sobre todo.

### 3.4. *Los caminos del campaniforme*

Aunque es en gran parte su causa, no es objetivo de este texto abordar los problemas del campaniforme, que en nuestra zona han estudiado en distintos momentos G. Moreno, I. Barandiarán, R. J. Harrison, G. Delibes o A. Alday<sup>41</sup>. Inciden especialmente los estudios de Alday en las posibles rutas de difusión de esta cerámica; no parece bien valorado como camino de arribada el río Ebro que con su importante

<sup>38</sup> Así se destacó (BARANDIARÁN, 1978: p. 408) la ubicación privilegiada del lugar en zona de convergencia de dos áreas culturales caracterizadas (la pirenaica dolménica occidental y la del peculiar estilo campaniforme del Sistema Ibérico Central de Soria y Logroño), la adecuación cultural de los ajueros con el Eneolítico de la zona y la plasmación, evidente por ciertos elementos, de corrientes de difusión de lejana procedencia: “Ello concuerda con el carácter de ‘exotismo’ que, un poco por todas partes, surge en varios rasgos particulares de la Prehistoria contemporánea del País Vasco y de la Ribera del Ebro: tal sucede, por ejemplo, con el hacha-martillo de piedra pulimentada del dolmen de Balenkaleku (Navarra) (cuyos paralelos hay que buscar en Centroeuropa), con los tipos campaniformes ‘pan-europeos’ de Pagobakoitza (Gipúzcoa) y la misma Atalayuela, o con las losas-puertas perforadas de los dólmenes de El Portillo de Enériz y Mina de Farangortea (en Artajona, Navarra) (cuyos paralelos se hallan en bastantes dólmenes del Sudeste peninsular –Los Millares– y de la cultura SOM francesa)” (Op. cit.: p. 421-422).

<sup>39</sup> Remitiéndonos (BARANDIARÁN, 1978: p. 413) a ejemplos franceses de contextos eneolíticos y del Bronce antiguo, aportados por J. Guilaine en 1972 (que recopila casos del Languedoc-Rousillon y Ariège) y por J. Clottes en 1977 que considera estos elementos “originarios de las regiones del Este, que ...aparecen en medios calcolíticos puros (‘campaniforme’, ‘ateraciense’, ‘fontbuisiense’) y con utilización que continuará durante el Bronce Antiguo pero comenzando ya a ser ampliamente sustituidos por los modelos metálicos”. En relación con el grupo cultural de Horgen, del Neolítico Final/Calcolítico, en el este de Suiza, encontramos los ejemplares más cercanos.

Aunque su aparición es mucho más dispersa, y su forma puede atribuirse a causas no controladas, también para las puntas de flecha de muescas en la base (lám. 5a-11), encontramos paralelos en el mismo contexto suizo (BARANDIARÁN, 1978: p. 409), en dólmenes del sur de Francia (Lamalou, cultura ‘Rodeziense’) y en el catalán de Puig d’Arques.

Por añadir más elementos de exotismo *jurásico*, recordemos, también en el este de Suiza, lo que parecen precedentes de los botones-V de los tipos llamados “Durfort”, los más antiguos de este género y con abundante representación en el sursureste de Francia y en Suiza, zona del Jura, que alcanzan desde el sur de Francia a la cueva navarra de Echauri en compañía de campaniforme internacional.

<sup>40</sup> Ver sitios y explicación de la presencia de cerámica con botones repujados en Alday (1996: 116, nota 52), también se recogen citas de estos hallazgos en Andrés (1998: pp. 95-96 y nota 149). Se pueden sumar a las referencias que aportamos en su día (BARANDIARÁN, 1973: p. 412-413), reteniendo las descritas por J. Maluquer de Motes en la cueva de Toralla (Lérida) y advirtiendo que esa técnica, el ‘pastillado’ de los autores franceses, es típicamente eneolítica, de amplia repartición desde Anatolia a la isla de Jersey y especialmente densa el sur francés y en yacimientos pirenaicos. Destacan, en la Península Ibérica, los casos de Los Millares, VNSP y cuevas del grupo del Arbolí, y por su especial semejanza con los dos vasos de La Atalayuela, uno hallado en Las Mercedes (Manzanares, Madrid).

<sup>41</sup> Destaquemos por su interés general, tanto descriptivo como por abordar problemas de raigambre y relaciones de esta cerámica: MORENO, 1971-72; BARANDIARÁN y MORENO, 1974; DELIBES, 1983; HARRISON, 1988 y ALDAY, 1996 y 1999.

red de afluentes es vía de comunicación con toda la zona transpirenaica, es decir, toda Europa, a través del sur de Francia, desde el Pirineo oriental (y recordemos los abundantes ejemplos de campaniforme internacional en Languedoc y Cataluña) y quizá en parte también por el central, descendiendo por los afluentes Segre, Cinca e incluso el Gállego, y sirviendo también de transmisor hacia y desde la Meseta, alcanzando por los valles afluentes de la orilla derecha el Sistema Ibérico. El Ebro medio y sus tributarios son testigos también de la aparición, proliferación incluso, en puntos tangentes a las corrientes fluviales, de las sepulturas múltiples simultáneas –con impacto también en el Bajo Aragón–, más relacionadas que cualquier otro tipo de datos con presencias ajenas, y de otras con campaniforme antiguo.

No es posible establecer sobre datos aleatorios (nunca completos en distribución ni cantidad) cuáles fueran las rutas preferentes de comunicación en cada momento de la Prehistoria, pero la lógica, añadida a lo ya conocido, define a la red del Ebro como la más amplia e idónea vía de trasiego poblacional, ya sea de masas o de reducidos grupos itinerantes. Hay suficientes pruebas de ello, y muchas otras subyacen bajo la acumulación sedimentaria de las amplias llanuras, como certifica el casual hallazgo del internacional de Mallén (RODANÉS, 1992). No desmiente esta fácil ruta la posibilidad de otras, entre ellas la occidental atlántica –marítima o terrestre–, en relación con los ejemplares (nos referimos siempre a las variedades del internacional o antiguo) de esa vertiente<sup>42</sup>, pero los que aparecen en estrecha relación con la red del Ebro tendrían justamente en estas rutas su eje principal de dispersión.

El debate sobre las vías de difusión cultural en ese tiempo no resuelve los problemas sino que añade matices: los caminos no son dos, sino muchos y sinuosos cuando son los elementos muebles los que viajan o los pequeños grupos de fabricantes o portadores los itinerantes. La aparición del sepulcro de Tres Montes cambia la perspectiva, pues se trata de una estructura de notable presencia y que necesita el respaldo de un poder organizativo, mayor sentimiento de estabilidad y posesión en sus usuarios: la presencia de la sepultura testimonia la de sus constructores. Y tanto la forma misma de la extraordinaria tumba navarra como los tipos de su estricto “ajuar” (comparable al de La Atalayuela), señalan –de hacerlo en alguna dirección–, a la Europa más central que occidental, sin que la hipótesis de aportes poblacionales foráneos diste mucho de poder ser demostrada.

### 3.5. La composición de la población y sus caracteres morfológicos

Una ayuda válida para entrever las causas, culturales o coyunturales, que produjeron el sepulcro sería establecer la composición poblacional de los inhumados. Preguntábamos en la memoria de 1978 si “el conjunto de la Atalayuela es realmente muestra expresiva de una población normal, o bien obedece en sus proporciones a una selección (ritual, epidémica, catastrófica) cuya motivación desconocemos”.

Ciertamente, el perfil de mortandad no parece reflejar una selección de individuos de ningún tipo<sup>43</sup>. No ayuda la antropología en la interpretación histórica para decidir entre *exotismo* o *autoctonía* de los enterrados, pues son conceptos relativos en sí mismos –en cuanto a la *distancia* implicada– y carecemos de términos

<sup>42</sup> Alday recuerda al respecto que ya Maluquer de Motes en 1964 sugirió la raigambre exótica de la vasija de Pagobakoitza, reconociendo paralelos bretones, y explicando su presencia en dólmenes por el mismo mecanismo que habría seguido el hacha de Balenkaleku. Sobre esta misma hacha perforada concretaba Andrés (1986: p. 254) la procedencia bretona, partiendo de la simple observación externa del mineral y por su semejanza –tanto de la materia como de la forma–, con las piezas bretonas fabricadas con “hornblendita tipo C” (según trabajos de Le Roux, que sitúa estas piezas en el Neolítico final, en torno al 2500 a.C.). Estas hachas “occidentales” y el campaniforme internacional son del mismo ‘horizonte’ cronológico y representarían las márgenes del fenómeno de las ‘hachas de combate’,

estrechamente asociado a la cerámica de cuerdas, precedente de la campaniforme.

<sup>43</sup> Se aludió (BARANDIARÁN, 1978: p. 421), citando a R. Riquet y otros antropólogos, a problemas de interpretación, y se recogieron de J. Neustupny referencias sobre la proporción de enterramientos infantiles, notablemente elevada en el campaniforme checo, proporciones de enterramientos de niños que alcanzan a veces el 50% del total (sería interesante diferenciar cuando se trata del campaniforme internacional o del local; es también evidente que no es lo mismo la proporción hallada en una necrópolis de uso habitual, socialmente normalizada, que en un sepulcro de urgencia). En el sepulcro de Tres Montes es también notable la abundancia proporcional de restos infantiles.

de comparación con poblaciones previas de la zona; pero aunque los hubiera, no aclararían el acontecimiento circunstancial que originó la sepultura ya que los inhumados pueden ser tanto los anteriores residentes como los hipotéticos recién llegados; nunca sabremos lo que fue de los vencedores ni si fueron ellos o los vencidos supervivientes los que la erigen<sup>44</sup>. Si el análisis de los restos de la capa profunda, de un previsible uso anterior (con diferencias en la orientación, posible manipulación o acumulación de restos, con conexiones sólo parciales), hubiera podido discriminar una preferencia morfológica por las dos tendencias básicas que menciona J. M. Basabe (los ‘tipos’ pirenaicooccidental y mediterráneo), entre ellos y los del enterramiento simultáneo final, la antropología morfológica habría ayudado a asentar el hipotético hecho de dos poblaciones enfrentadas<sup>45</sup>.

### 3.6. El dispositivo sepulcral

La estructura material que contenía los restos es realmente simple<sup>46</sup>. En los textos sobre nuestra intervención se menciona su forma oval irregular, su escasa profundidad, su revestimiento de modestas lajas desiguales y el poco relevante túmulo que cubría el conjunto<sup>47</sup>. De este pobre elenco arquitectónico destacan dos elementos que sirven para asumir la idea de la existencia de una estructura funeraria anterior a

la inhumación simultánea: el somero hoyo central y la supuesta ampliación en la parte sur de la fosa.

El hoyo, que se sitúa (en 3R, sector 7) en el suelo preparado de la fosa tiene entre 8 y 12 cm de profundidad y contenía algunos huesos y medio cuenco de cerámica lisa: depósito que no parece intencionado (en caso contrario es probable que el cuenco se conservara entero), sino fruto de la gravedad. Su escasa profundidad no permite desechar que pueda ser un accidente en un suelo irregular, pero lo cierto es que era perfectamente discernible; aunque su profundidad no sea excesiva sí es suficiente para asentar un poste y evitar su deslizamiento. Proponemos que pudo corresponder a las fases antiguas de uso del sepulcro y le afectarían las limpiezas o alteraciones que, al realizar la inhumación múltiple simultánea, clausuró el sepulcro desmontando el poste que sustentaba la superestructura que cubriría la hipotética “casa mortuoria”.

Por otra parte, para aceptar un recinto de ese tipo es preciso asegurar la presencia de una entrada: difícil de reconocer en un sepulcro que ahora nos parece clausurado y, como tantos otros, intencionalmente destruido o, al menos, alterado. Sus indicios, sin embargo existen: el estrechamiento de la fosa en la parte sur (3N-O), que fue interpretada como ampliación de la misma, puede ser una zona de acceso; tanto su

<sup>44</sup> Actualmente se abre la posibilidad del análisis del ADN, pues la distinta homogeneidad de los enterrados, entre ellos y respecto a poblaciones del entorno más o menos alejado (contando con adecuados términos de comparación), aludirían más directamente a su endogénesis o exotismo.

<sup>45</sup> Se ha referido A. Alday (1996: p. 156) a la descripción, por J. M. Basabe, del cráneo hallado en la cueva de Kobeaga (asociado a adornos del Neolítico final con exactos paralelos franceses), que considera debe valorarse pues alude a la posible presencia de elementos ‘alpinos’ como en otros puntos del Pirineo a fines del Calcolítico. Es un apunte útil, aunque hoy se rechacen como pruebas probatorias exactas de variedades raciales los índices morfométricos y a pesar de que se trate de un solo caso; más que la morfología craneal, lo que contribuye a establecer la sospecha de exotismo son los materiales que se le asocian, peculiares elementos muebles (como en nuestro caso son las agujas de orejeta lateral), que, aunque sean fácilmente imitables o reproducibles, no tienen ni antecedentes ni consecuentes en la zona y desaparecen sin dejar rastro. Acumulación de pequeñas sospechas que sumadas componen el caso, y aunque ningún jurado declarararía la cuestión por probada, sí introducen la duda razonable para admitir la presencia por estas latitudes de grupos alógenos –transpirenaicos– a lo largo del Neolítico Final/Calcolítico.

<sup>46</sup> Se definió (BARANDIARÁN, 1978: p. 416) el tipo constructivo del monumento como ‘túmulo no megalítico’, o mejor, ‘fosa de

inhumación colectiva bajo túmulo’, señalando su mayor proximidad formal con los *rundgräber* definidos por G. y V. Leisner, que P. Bosch describiera como “fosas revestidas de una protección de piedras, generalmente de pequeñas dimensiones, incluso cuando tienen la forma de cámara o de cistas”.

<sup>47</sup> Son caracteres de “levedad” la base para definir los rasgos de las sepulturas de urgencia construidas *ex profeso*, un tipo de “fosa común” que ocasionalmente puede reaprovechar estructuras pre-existentes como dólmenes o cuevas (ANDRÉS, 1989-1990). Estos *sepulcros de necesidad* no tienen paralelos culturales vinculados a difusión o contacto, contagio o culturización concretas, no responden a ‘normas culturales’ (no derivan de un comportamiento normalizado). Sus semejanzas surgen en todos los momentos y circunstancias (no ‘culturas’) en las que concurren la necesidad y las exigencias socio-religiosas de enterrar a muchos cadáveres producidos en un mismo lugar de forma simultánea: sus paralelismos son, por tanto, una coincidencia funcional, una reacción convergente donde y cuando sea necesaria, que se traducirá en la forma funeraria de menor esfuerzo y mayor efectividad. Estos rasgos siguen siendo válidos como caracterización general y convienen antes a La Atalayuela; lógicamente ahora ya no, al tratarse probablemente de una estructura preexistente y seguramente endeble pero aun así, reutilizada. Reutilización que es más fácilmente evidente en los sepulcros que cuentan con sólida estructura arquitectónica.

forma como la acumulación de fragmentos de cerámica y sílex que la prolongan hacia el sur y la disposición de las piedras que la delimitan por el centro de 3O, sugieren la probable presencia de un “vestíbulo” que se desarrollaría entre esta línea y el contorno exterior de piedras que media el cuadro 3N<sup>48</sup>.

Además, observando la distribución de los restos humanos en esta zona sur (cuadros 3N-O), aparte de su desorden y fragmentación, atribuibles al uso anterior del sepulcro<sup>49</sup>, apreciamos indicios de que la supuesta ampliación no es tal, puesto que los restos humanos que se sitúan entre los dos recintos –el interior que intermedia 3O y el exterior que lo hace por 3N–, no aparecen en las capas profundas o medias sino solamente en la superficial y son fragmentarios y dispersos (BARANDIARÁN, 1978: fig. 3); según estas apariencias, pudieron haber sido desplazados desde el interior cuando se erigió el túmulo que, recordémoslo, en esta zona permanecía intacto desde su construcción<sup>50</sup>.

El desplazamiento de los restos humanos habría tenido así en La Atalayuela dos momentos: el primero, de intención desconocida, que afectó a los anteriores enterramientos, probablemente cuando se realizó la inhumación múltiple simultánea, y el segundo en el siglo XX de nuestra era, sin ninguna intención y con total inconsciencia, que afectó a los últimos enterrados (lám. 1). Como se ve en el corte (lám. 2) la remoción de los clandestinos, en el contacto de las bandas P/Q, llegaba al nivel de muertos (a2), pero no era muy profunda en este punto, aunque sí más hacia el este, en la banda 3, pero sin llegar al suelo de la fosa en ningún caso. Por eso sorprende que apenas quedaran rastros antropológicos en la parte oriental de la

fosa, salvo los fragmentarios enterramientos de las fases anteriores adheridos al suelo del sepulcro. Aunque no se explica fácilmente el denso amontonamiento –como si faltara sitio–, en la parte oeste del recinto (bandas 5 y 7) y el vacío de la parte este, es probable que la inhumación simultánea se acumulara sólo en esa parte de la tumba (ver las figs. 3, 3b y 3c de la memoria de 1978) adosada a los contornos de la fosa; en cualquier caso, esta actitud es un detalle adicional a favor de la existencia previa de un recinto funerario, pues si el sepulcro (que carece de cualquier otro rastro “ritual” que justificara sus dimensiones), se hubiera construido sólo para inhumar a los muertos de la supuesta matanza, podría haber sido más pequeño.

#### 4. INTERPRETACIÓN Y SÍNTESIS HISTÓRICA

Apuntábamos en la introducción el carácter positivista y descriptivo de la investigación en la época en que se excavó la tumba, una época en que no disponíamos de referentes para la interpretación social, pero en que se tomaron los datos que posibilitan las interpretaciones que hoy deseamos abordar. La tipología y la cronología, las luego denostadas estratigrafías y visiones verticales, eran las metas del momento, imprescindibles en una Arqueología que entonces abundaba en *hipótesis de trabajo* (luego, *teorías de alcance medio*), generalizaciones (luego, *modelos*) y analogías etnográficas<sup>51</sup>, asentadas muchas veces sobre datos únicos, aleatorios o esporádicos.

Los datos de La Atalayuela fueron obtenidos con las mejores garantías técnicas del momento y por eso ya entonces permitió el atrevimiento de discernir que el enterramiento de varios indi-

<sup>48</sup> En la memoria de 1978 (lám. 5, arriba) se aprecian diferencias entre las piedras que formarían el recinto –mayores y más planas– y las que parecen amontonadas con cantos rodados como taponando un hueco. Se ve también en el corte estratigráfico de la lámina 2 (contacto entre las bandas 3 y 5), que estas piedras pequeñas y cantos no llegan al suelo de la fosa (banda N), como lo hacen las losas que la delimitan, sino que se quedan entre los niveles a1 y b.

<sup>49</sup> BARANDIARÁN, 1978: figs. 3, 3b –“intermedios”, en realidad los “profundos”– y 3c. Esta zona sur de la fosa es la que conserva más abundantes indicios de inhumaciones previas y en apariencia de carácter acumulativo; embebidos en el suelo arcilloso del nivel más bajo (E 25, 36, 32, 27, 26 y 43), todos son restos fragmentarios, sobre todo columnas vertebrales, y, en el caso más completo,

con orientación inversa con respecto a los depósitos ‘posteriores’.

<sup>50</sup> Es necesario anotar que los restos depositados en esta parte (E6, E7, E8 y E14), en la capa más superficial y zona que correspondería a la entrada o vestíbulo que estamos justificando, podrían tener otra lectura de carácter ritual, puesto que se trata en todos los casos de restos de cráneos y mandíbulas (algo inapreciable en la nefasta reproducción impresa de la figura 3 de la publicación de 1978), por lo que no parece una selección accidental y pudieron tener algo que ver con las ceremonias de la última inhumación, veneración –u ofensa– de los restos anteriores y clausura sepulcral.

<sup>51</sup> Es decir, todo lo que luego reclamó tan ingenua e injustamente la “Nueva Arqueología” y que en la investigación de la Prehistoria europea se venía haciendo desde el siglo XIX.

viduos había sido simultáneo<sup>52</sup>. Explícitos e implícitos estaban en los análisis de I. Barandiarán y J. M. Basabe los asertos de anomalía, exotismo y posible uso funerario anterior que ahora con muchas menos dudas podemos admitir; e incluso se posibilita la sugerencia de concretar la forma del sepulcro precedente en una cabaña funeraria con enterramiento colectivo no simultáneo sino acumulativo, tal vez un pudridero *de paso* a la sepultura definitiva; la existencia de Tres Montes hace posible admitirlo. Ciertamente que La Atalayuela carece de las extraordinarias dimensiones y de resto alguno de madera o huellas de postes, salvo el probable apoyo de un pilar central, pero la muy probable superestructura, que no fue carbonizada por un incendio, pudo constituirse sobre la superficie del suelo con puntales más endebles y ligeros contorneando la fosa y confluyendo hacia el pilar central a modo de techado de cabaña, conjunto seguramente retirado cuando se efectuó el enterramiento de las víctimas de la matanza, en tumba definitiva clausurada por el túmulo.

Tras la apertura de posibilidades ofrecida por la explicación arqueológica, se puede añadir una visión, hipotética y expresamente diferenciada del análisis anterior, sobre los acontecimientos que subyacen a la formación de los restos arqueológicos estudiados, e igualmente alejada de pretender explicar las intenciones de los pro-

tagonistas, aunque esto último se convierte hoy en casi una exigencia en algunos trabajos.

El contexto cultural de La Atalayuela corresponde a una fase histórica que, bien sea vista como Neolítico Final (culminación de la economía neolítica y sus consecuencias de crecimiento), o bien consecuente con la circulación del primer metal y su incremento de especialización y jerarquía (y, por tanto, adecuadamente llamada Calcolítico), manifiesta en toda Europa un cambio visible: en las huellas de violencia, en la emergencia de una sociedad que honra a personajes armados en tumbas y en representaciones esteliformes, y en la difusión de nuevos elementos simbólicos que transmiten una nueva ideología religiosa (reflejada, por ejemplo, en el ‘universal’ *mitograma* de ojos de lechuza).

Aunque se citen algunos antecedentes<sup>53</sup> es en el Neolítico Final/Calcolítico cuando reconocemos con facilidad huellas arqueológicas ostensibles de conflictos grupales suficientemente generalizados. No parece que la causa de esos enfrentamientos sea sólo la escasez de tierras; el cambio social y la generación de nuevos esquemas organizativos y coercitivos ya ha tenido lugar<sup>54</sup> y la conciencia de pueblo, el concepto de *alteridad* –término omnipresente en los escritos de un tiempo a esta parte–, pudo arrancar de estas formas de comportamiento cultural<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> Lástima que los restos esqueléticos, cuidadosamente siglados, recogidos y empaquetados, siguieran un camino más tortuoso y accidentado. Hoy, lo que parecía una interpretación tan fantástica como la sugerida por los vecinos de Agoncillo, que atribuían los restos a una guerra (en su caso, la de La Independencia, naturalmente), parece la más razonable.

<sup>53</sup> En recopilaciones diversas, siempre coincidentes en los ejemplos (véase por ejemplo la síntesis de Mohen, 1995), y no todos atribuibles con seguridad a un enfrentamiento, encontramos el caso de la necrópolis de Jebel Sahaba, alto valle del Nilo, con 60 cuerpos de ellos 24 traspasados por jabalinas, del 10.000 a.C.; del 6º milenio se citan las escenas rupestres de La Gasulla y otros. Las huellas parecen más continuas desde el Neolítico, pero siguen siendo esporádicas hasta su fase final: del Neolítico antiguo es la tumba alemana de Talheim (datada en -5000) con 33 personas (hombres, mujeres y niños) con el cráneo destrozado por hachas de piedra, o la de Schletz, en Austria, con la matanza de 67 individuos. Desde el Neolítico final los rastros de muertes violentas son más frecuentes: el hipogeo de Roaix (excavado en 1966), cuyo nivel superior contenía 100 enterrados simultáneos, hombres, mujeres y numerosos niños, es buen ejemplo de una población diezmada brutalmente. La fase de cambios en todo el territorio europeo no balcánico –donde los cambios son de otra naturaleza–, afecta de distinta forma en diferentes sitios, pero se concentra entre -3000 y -2000 (no cal.), un largo milenio con irregulares huellas pero de notable personalidad que caracterizan el llamado Neolítico Final o Calcolítico. Las tumbas de inhumación múltiple simultánea con huellas de violencia se concentran en las centurias entre -2500 y -2100/2000.

<sup>54</sup> Lo patentizan, sin duda, en Centroeuropa las tumbas individuales de las ‘hachas de combate’, asociadas a la cerámica de cuerdas, precedente inmediato del campaniforme; pero también quizá el proceso se efectúa de manera paralela y autóctona en nuestras latitudes: los precedentes dolménicos ya apuntaban a grupos importantes de población en las cuencas alta y media del Ebro.

<sup>55</sup> Respecto al tipo de relaciones que esta conciencia generaría entre los grupos, no es el caso de La Atalayuela el mismo que se supone para la tumba burgalesa de Villaryerno, para cuya explicación aportan Arnáiz-Pascual-Rojo (1997), el sugerente modelo de directa referencia etnográfica del ‘Festín de la Muerte’, como simbolización de una alianza entre grupos. La Atalayuela, y otros sepulcros con inhumaciones múltiples simultáneas de la cuenca media del Ebro, parecen la evidencia de enfrentamientos violentos, todo lo contrario de lo que se supone para el de Villaryerno, caso con el que los autores confrontan la caracterización de las tumbas de tipo ‘fosa común’ propuesta en Andrés (1989-1990), para acabar expresando su desacuerdo con la misma. Compartimos ese desacuerdo, pues la tumba de Villaryerno sería un enterramiento múltiple simultáneo, pero *secundario*, una diferencia clave que elimina el carácter de necesidad, urgencia o provisionalidad que informan a las sepulturas simultáneas primarias; según su propia hipótesis, el hecho que origina la tumba burgalesa es contrario a la improvisación, una tumba de este tipo resulta de una ceremonia probablemente sujeta a estrictas e inviolables normas rituales y tradiciones que deben cumplirse. La interpretación es muy interesante y aunque el estado del sepulcro no permita tanta precisión, el análisis de la acción del fuego sobre los restos, previa a la deposición de ofrendas, la hace razonable.

La cubeta del Ebro en su parte aragonesa, riojana y navarra, antes de llegar a la Rioja alta y la ciudad de Logroño, es hoy una estrecha y rica franja de tierra de regadío a ambos lados del río, flanqueada por el desierto, del que la separa, pegado a ella por la izquierda, el farallón erosionado que bordea el Ebro desde Valtierra a Zaragoza<sup>56</sup>. Es camino casi inevitable en la comunicación entre la Península y el resto de Europa.

En este contexto geográfico y con los datos arqueológicos disponibles es fácil aceptar la afluencia de gentes desde todos los puntos cardinales, tanto transpirenaicas como nutrida por el movimiento progresivo de grupos de todo el cuadrante noreste peninsular y sus conexiones con la meseta, que desembocaron aquí por los afluentes del Ebro<sup>57</sup>. Las relaciones puntuales de estos grupos serían muy diversas en tiempo y espacio. No sabemos hasta qué punto autóctonos e hipotéticos recién llegados se fueron quedando o mezclando, pues desconocemos la intensidad de su conciencia de linaje<sup>58</sup>; los grupos móviles, bien o mal recibidos por los pueblos que atravesaron y aunque en términos absolutos habría sitio de sobra para todos, encontrarían ocupados los lugares más favorables, por los que habría que disputar alternando enfrentamientos y alianzas.

A las puertas de la Rioja empieza la tierra más rica, propiedad de tribus largamente arra-

gadas cuyos antepasados construían dólmenes; los desplazados avanzaron hacia ellas. Algunos se habían instalado en tierras cercanas al gran río: sepulcros como Tres Montes certifican su voluntad de asentamiento y permanencia, aunque tampoco la lograron por mucho tiempo. Otros (¿o los mismos?) que ascendieron más aguas arriba se encontraron con la muerte o con la necesidad de matar: casos de La Atalayuela, Longar, San Juan Ante Portam Latinam...

Hemos recalcado ciertos paralelismos entre La Atalayuela y Tres Montes. Son semejantes también en contexto cultural y muy probablemente poblacional, pero su final fue distinto: violento en La Atalayuela y de inexplicable abandono en Tres Montes. Por su presumible función y sus depósitos ambos sepulcros miran a la Europa transpirenaica: puede ser casual esta coincidencia, pero la hay también en la cercanía de sus ubicaciones, en el ecosistema y vía de tránsito en que se insertan, y quizá la hubo en su pertenencia a una misma tribu o linaje en expansión por un territorio amplio pero conflictivo, en la franja de las mejores tierras cercanas al río o más frecuentadas por el paso de gentes. Otra semejanza atañe a la ubicación de ambas tumbas: lugares accesibles pero, al tiempo, de cierta eminencia que, sin embargo, no parece idónea para instalar un asentamiento: no lo es Tres Montes y aunque La Atalayuela se sitúa en la más amplia y amesetada cima del Cerro de las

<sup>56</sup> En la Prehistoria reciente esta franja irrigable pudo ser igualmente zona apetecible de cultivo, pero por su facilidad de anegamiento también problemática, aunque a estas alturas del Neolítico podemos aceptar el atractivo de su ocupación como posible por la mejor tecnología agrícola y una estructura poblacional más densa y organizada. No hay, sin embargo, ninguna confirmación de esto; como es habitual –y siempre suponemos–, las huellas arqueológicas si existen, son irre recuperables, cubiertas por metros de sedimento posterior. Ciertamente hay pruebas de ocupación en una siempre indefinida *estacionalidad* de los “yacimientos de superficie”, huellas conservadas sólo en puntos por encima de la mencionada zona inundable. Pero desde el inicio de la época campaniforme parece aceptable admitir la ocupación de las zonas más bajas y típicamente agrícolas de la cubeta del Ebro: los hallazgos del vaso internacional de Mallén, la otra tumba típica campaniforme de Rincón de Soto (MARCOS, 1971), además de los sepulcros de Tres Montes y La Atalayuela, situados éstos en puntos por encima del área de irrigación, pero de comunidades posiblemente instaladas en zonas más bajas, lo confirman.

<sup>57</sup> No hace falta probar lo evidente: el fundamental papel de los ríos no sólo como vías de tránsito sino también de cohesión. Los ríos son la clave de los territorios; las gentes en movimiento siguen su curso hasta el mar o remontan la corriente hasta el prin-

cipio o hasta el encuentro con otros poseedores. Ejemplo relevante de reciente investigación es el *trifinium* que Rojo y Kunst (1999) destacan en la meseteña Ambrona. Los valles o cuencas son el contexto geográfico que en nuestro desconocimiento de la organización real de los grupos, más razonablemente podemos asociar con la distribución o posesión de distintos clanes, tribus o la unidad de estructura social que se prefiera suponer, pero siempre con validez política.

<sup>58</sup> Un concepto cuya vigencia entonces es muy razonablemente probable aunque no demostrable; dicha ‘conciencia’ no tiene que ir pareja de una consanguinidad real, cuestión también desconocida. Esta idea debe ser tenida en cuenta ante la falta de análisis de antropología física que concreten distinguos reales entre las poblaciones que suelen encajar, sin más precisión, dentro del ‘cajón de sastre’ del Neolítico-Bronce. Las síntesis antropológicas abundan en afirmaciones que evidencian la discontinuidad y escasez de los datos y la amplitud de los espacios geográficos a los que se refieren; así, se habla de una apariencia de fluida circulación genética, de la proliferación de mediterráneos desde el Neolítico, de persistencia de caracteres antiguos, de presencia de alpinos, etc., asertos que no cuentan con datos suficientes para su generalización y que, en todo caso, no satisfacen nuestra necesidad de conocer –en lo posible– la procedencia de grupos concretos.

Bodegas (que fue prácticamente borrado de la topografía local por la construcción de la autopista), ambos entornos tendrían en las cercanías lugares más idóneos para instalar la residencia.

Tras el funeral relativo a la inhumación simultánea de La Atalayuela, los supervivientes –vencedores o vencidos–, pudieron abandonar el lugar o continuar en sus ocupaciones al pie del cerro, pero el lugar funerario ya no volverá a utilizarse para otros enterramientos o con la anterior función de pudridero, pues conmemora un hecho luctuoso y que quizá sirvió para dar carta de naturaleza y posesión al grupo sacrificado: la tumba a pesar de su modestia persiste en la memoria, en etapas posteriores recibirá culto, periódicamente renovado o en un momento único, mediante el cual los descendientes –reales o ficticios–, pasado el momento convulso, con el depósito de ofrendas (las especiales vasijas decoradas) renuevan la posesión de la tierra mediante el homenaje a sus antepasados; también ocurre en Tres Montes. Por aquel tiempo, en el dolmen de San Martín, un eximio representante del nuevo orden social es enterrado en el sepulcro –ya destruido o clausurado– certificando también con ello la renovación de un derecho de posesión de los autóctonos o la consolidación de un despojo por parte de los recién lle-

gados, ya establecidos definitivamente en este territorio de Rioja alavesa.

El panorama de acontecimientos, aunque no con la concreción de datos que presenta en lo que hoy son tierras navarras y riojanas, se aprecia también aguas abajo, en afluentes de la margen izquierda (sepulcros aragoneses de Sariñena y Alcubierre) y especialmente en el Bajo Aragón, siempre en lugares accesibles por el río y sus afluentes. Todos los indicios del mismo momento (Neolítico final y primer campaniforme) apuntan momentos de tensión y cambio demográfico, al que seguirá lo que parece una fase de sedimentación y plasmación funeraria de la nueva estructura social –probablemente coercitiva–, de los triunfadores de los ajustes, con el campaniforme inciso.

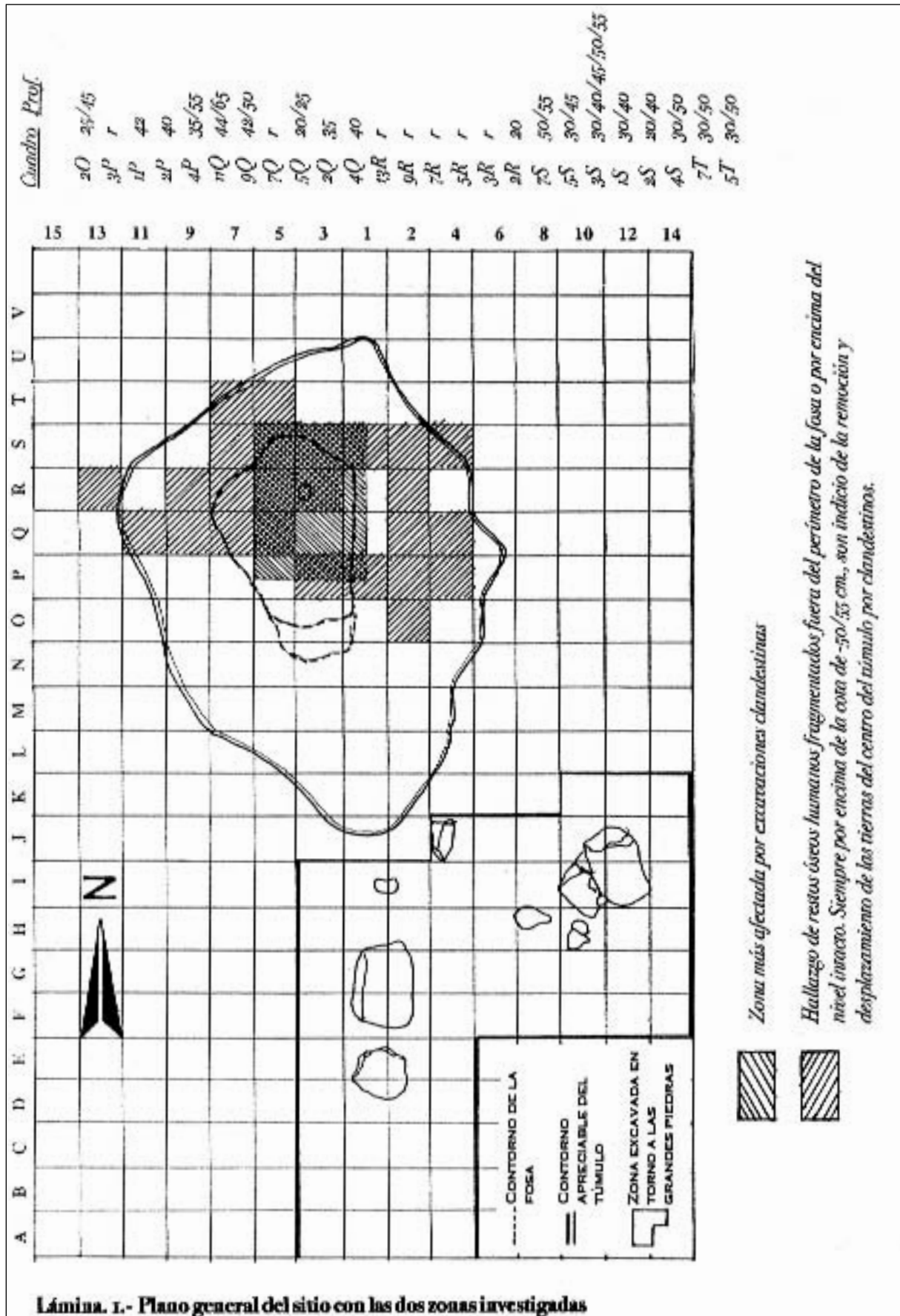
La historia, posible y particular, que se extrae de las tumbas de la cuenca media del Ebro, presenta interrupciones y ausencias temporales que también se perciben en el uso dolménico anterior (y quizá con etapas más prolongadas). Es un mecanismo posible en esta amplia zona en la que a pesar de la variedad funeraria seguimos sin conocer asentamientos a los que podamos atribuir una relativa estabilidad, que precisamente sí se comienza a percibir desde el Calcolítico más tardío, prolongado en la ocupación de muchos poblados del Bronce Inicial.



## BIBLIOGRAFÍA

- ALDAY, A. (1996): *El entramado campaniforme en el País Vasco. Los datos y el desarrollo del proceso histórico*. Anejos de Veleia (Universidad del País Vasco), Vitoria.
- ALDAY, A. (1999): “De Bretaña a Lisboa: el juego de la fachada atlántica francesa y del interior peninsular en la circulación de los campaniformes internacionales del occidente europeo”, *Pré-histoire Européenne* 14, p. 143-171.
- ANDRÉS, M. T. (1973): “El túmulo de La Atalayuela en Agoncillo (Logroño). Las estructuras tumulares del Valle del Ebro”, *Miscelánea de Arqueología Riojana*, p. 127-138 (Diputación Provincial), Logroño.
- ANDRÉS, M. T. (1978): “El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio”, *Caesaraugusta* 45-46, p. 15-41.
- ANDRÉS, M. T. (1986): “Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja”, *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, p. 237-265 (Facultad de Filosofía y Letras), Zaragoza.
- ANDRÉS, M. T. (1989-1990): “Sepulturas calcólicas de inhumación múltiple simultánea en la Cuenca Media del Ebro”, *Caesaraugusta* 66-67, p. 13-27.
- ANDRÉS, M. T. (1998): *Colectivismo funerario neo-eneolítico. aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro* (Institución “Fernando el Católico”), Zaragoza.
- ANDRÉS, M. T.; GARCÍA, M. L. y SESMA, J. (2002): “Una tumba destruida por el fuego. El sepulcro campaniforme de Tres Montes, en Las Bardenas Reales, Navarra”. *Sobre el significado del fuego en los rituales Funerarios del Neolítico* (*Studia Archaeologica* 91), p. 191-218.
- ARNÁIZ, M. A.; PASCUAL, S. y ROJO, A. V. (1997): “Los semejantes y los otros: la sepultura múltiple simultánea de Villayerno-Morquillas, Burgos. Nota preliminar”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología LXIII*, p. 49-69.
- BARANDIARÁN, I. (1971): “Ein Kollektivgrab der Späten Kupfer- und Frühen Bronzezeit aus dem Ebro-Tal”, *Madridrer Mitteilungen* 12, p. 72-86.
- BARANDIARÁN, I. (1973): “Nota preliminar sobre el enterramiento colectivo de La Atalayuela en Agoncillo (Logroño)”, *Miscelánea de Arqueología Riojana*, p. 79-99, Logroño (Ed. Diputación Provincial).
- BARANDIARÁN, I. (1978): “El yacimiento eneolítico de La Atalayuela en Agoncillo (Logroño)”, *Príncipe de Viana 148-149*, p. 381-422.
- BARANDIARÁN, I. y MORENO, G. (1974): “Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren Ebro-becken”, *Glockenbechersymposium Oberried 1974*, p. 391-417.
- BASABE, J. M. (1978): “Estudio antropológico del yacimiento de La Atalayuela (Logroño)”, *Príncipe de Viana 148-149*, p. 423-478.
- CAVA, A. (1984): “La industria lítica en los dólmenes del País Vasco meridional”. *Veleia* 1, p. 51-145.
- CAVA, A. y BEGUIRISTAIN, M. A. (1992): “El yacimiento prehistórico del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)”, *Trabajos de Arqueología Navarra* 10, p. 69-135.
- DELIBES, G. (1978): “Reinterpretación del ajuar campaniforme de Villar del Campo. Nuevos elementos de juicio para la valoración de la incidencia centroeuropea en el mundo de Ciempozuelos”, *Celtiberia* 56, p. 267-286.
- DELIBES, G. (1983): “El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a.C.)”, *Varia II*, p. 131-164.
- FERNANDEZ ERASO, J. (1989): “Abrigo de Peña Larga”, *Arkeoikuska* 89, p. 21-27, (Centro de Patrimonio Cultural Vasco), Bergara.
- HARRISON, R. (1994): “The Bronze Age in Northern and Northeastern Spain 2000-800 BC”, en C. MATHERS y S. STDDART (Eds.): *Development and Decline In the Mediterranean Bronze Age* (*Sheffield Archaeological Monographs* 8), p. 73-97.
- HARRISON, R. J. (1988): “Bell Beakers in Spain and Portugal: working with radiocarbon dates in the 3rd millenium BC”, *Antiquity* 62, nr. 36, p. 464-472.
- HARRISON, R. J. y MEDEROS, A. (2001): “Bell Beakers and differential social complexity in Central Spain”, *Bell Beakers today. Pottery, people, culture, symbols in prehistoric Europe*, p. 111-124.
- JUARISTI, J. (2001): *El bosque originario. Genealogías míticas de los pueblos de Europa* (Santillana Ediciones, S.A.), Madrid.
- MARCOS, A. (1971): “Excavación de una cista con doble inhumación, del vaso campaniforme, en Rincón de Soto (Rioja Baja, Logroño)”, *Noticario Arqueológico Hispánico XIII-XIV*, p. 384-401.
- MARCOS, A. (1973): “Trabajos del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra en la provincia de Logroño durante los años 1965 y 1966”, *Miscelánea de Arqueología Riojana*, p. 9-52 (Ed. Diputación Provincial), Logroño.

- MOHEN, J. P. (1995): *Les rites de l'au-delà* (Éd. Odile Jacob), Paris.
- MORENO, G. (1971-1972): "Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes", *Caesaraugusta* 35-36, p. 29-51.
- PALOMO, A. y GUIBAJA, J. F. (2003): "Estudi tecnològic, traceològic i experimental de les puntes de fletxa", *Laietania 14 (La Costa de Can Martorell (Dosrius, El Maresme). Mort i violència en una comunitat del litoral català durant el tercer mil.lenni a.C.)*, p. 179-214.
- RODANÉS, J. M. (1992): "El vaso campaniforme marítimo de Mallén (Zaragoza) y su relación con los estilos antiguos del valle del Ebro", en UTRILLA, P. (Ed.) (1992): *Aragón-Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la prehistoria*, p. 599-617 (Institución "Fernando El Católico"), Zaragoza.
- ROJO, M. y KUNST, M. (1999): "La Lámpara y La Peña de la Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario". *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. Saguntum-PLAV Extra-2*, p. 503-512.



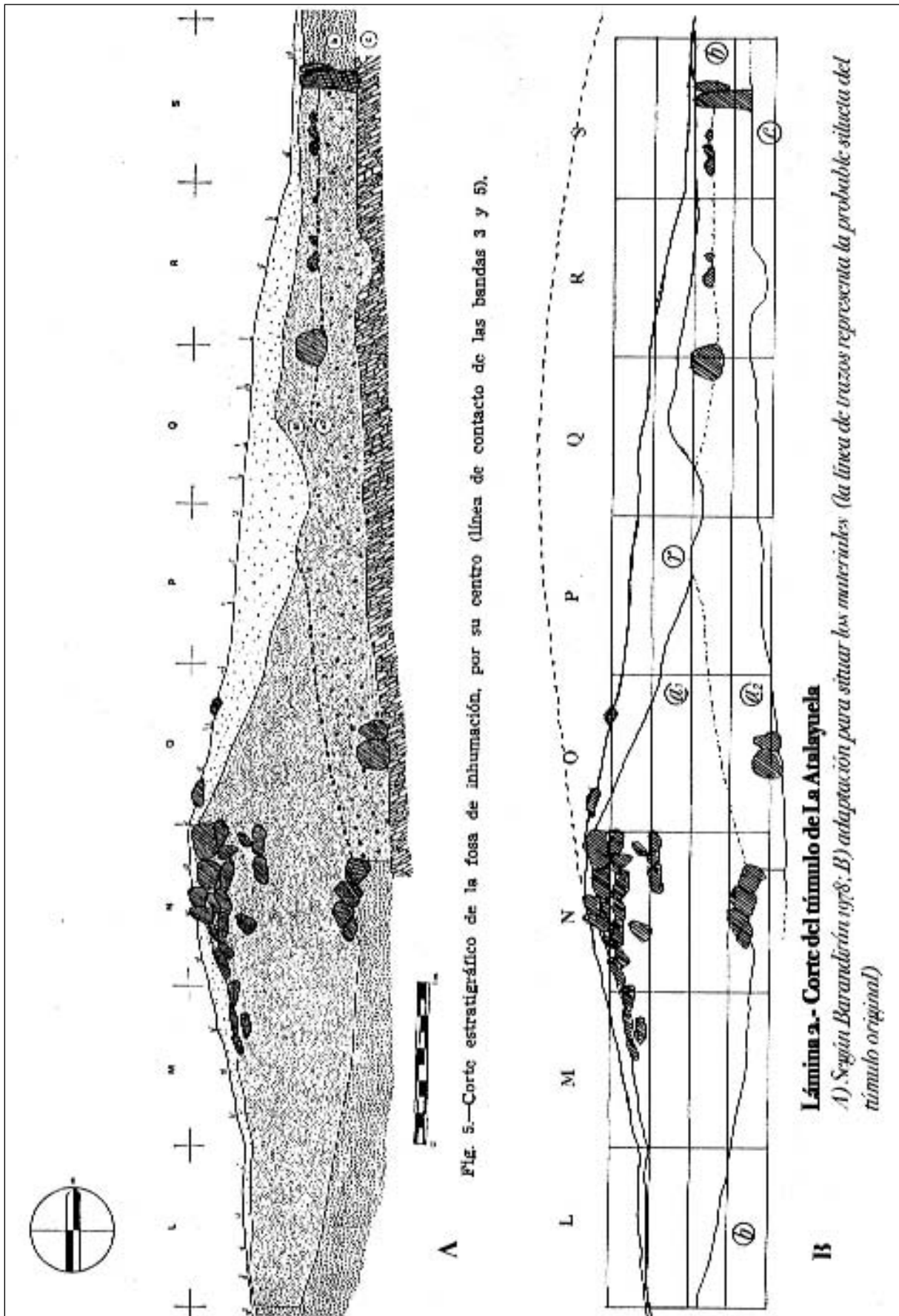
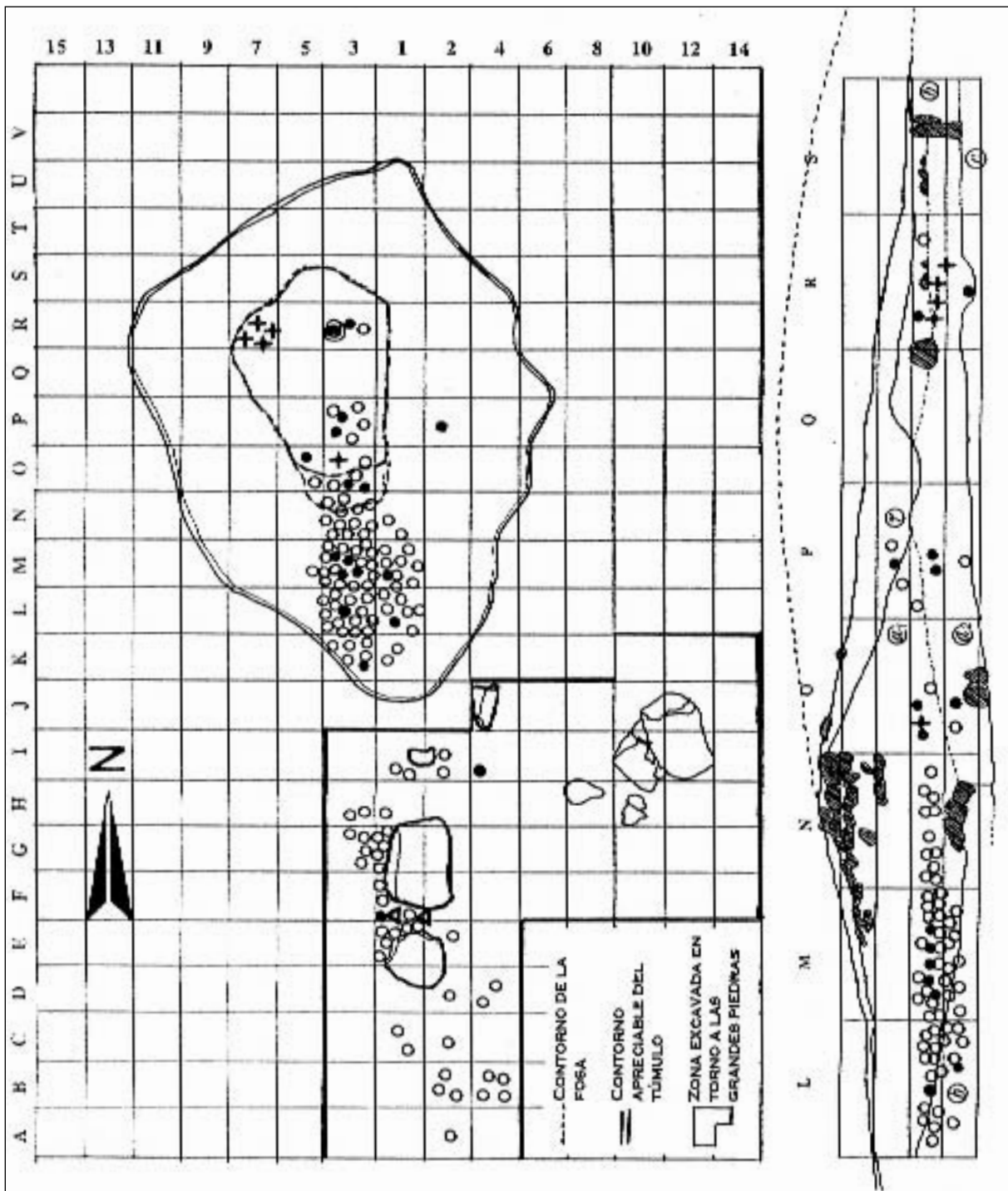


Fig. 5.—Corte estratigráfico de la fosa de inhumación, por su centro (línea de contacto de las bandas 3 y 5).

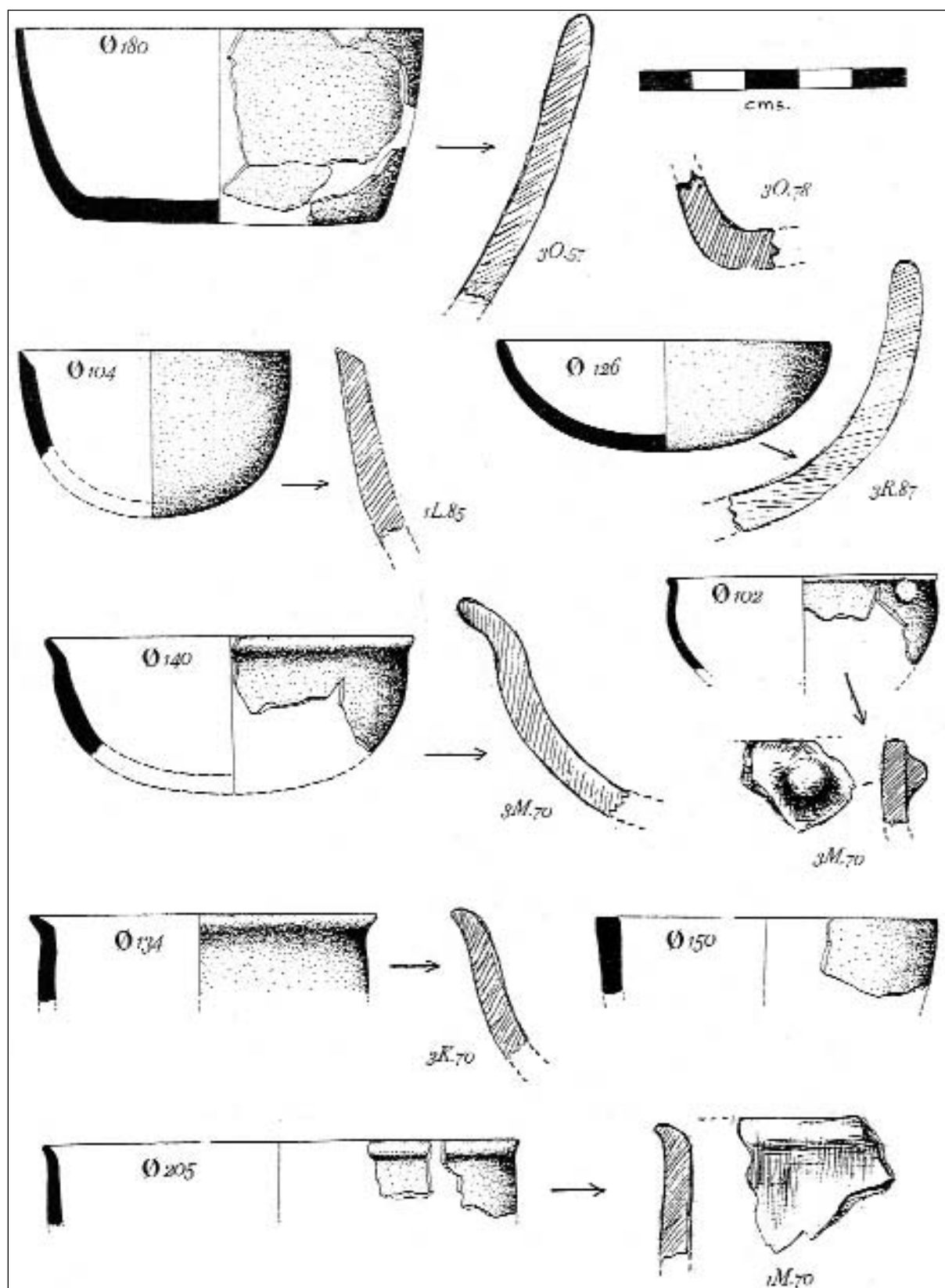
**Lámina 2.- Corte del túmulo de La Atalayuela**

A) Según Barandiarán 1978; B) adaptación para situar los materiales (la línea de trazos representa la probable situación del túmulo original)

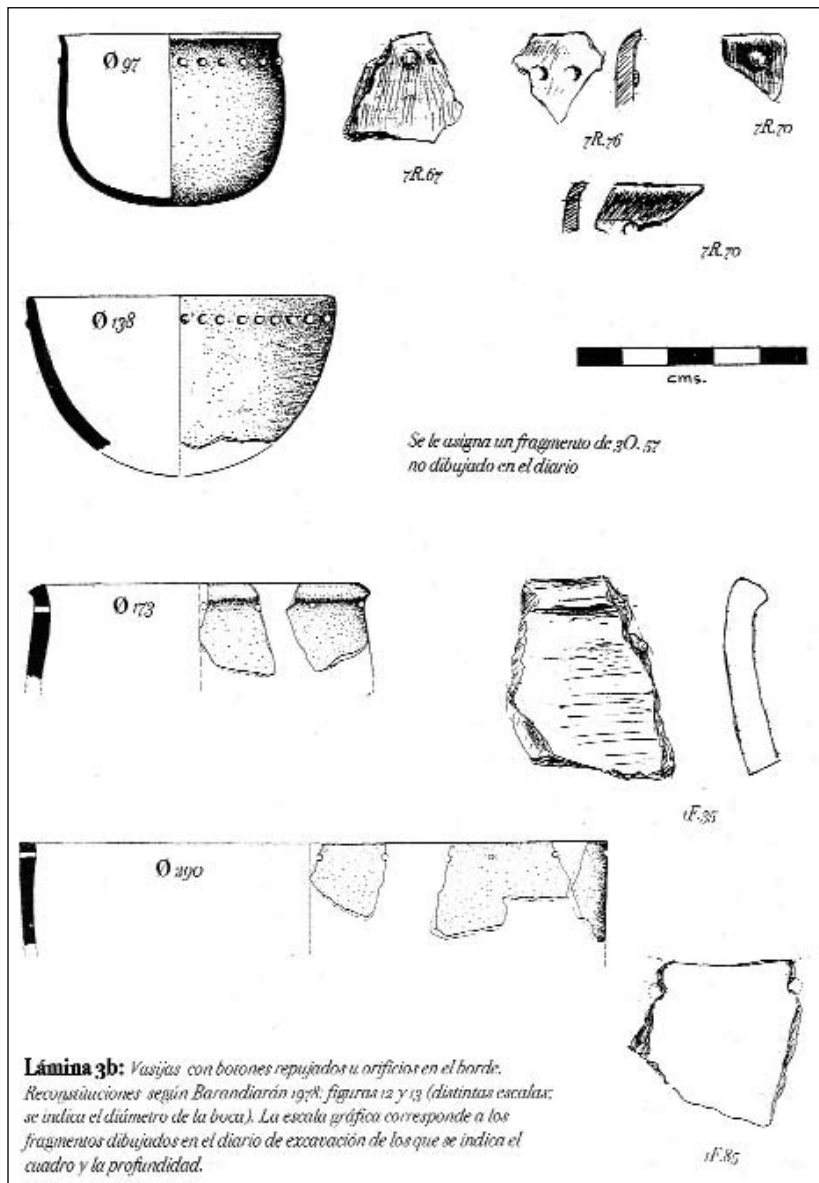
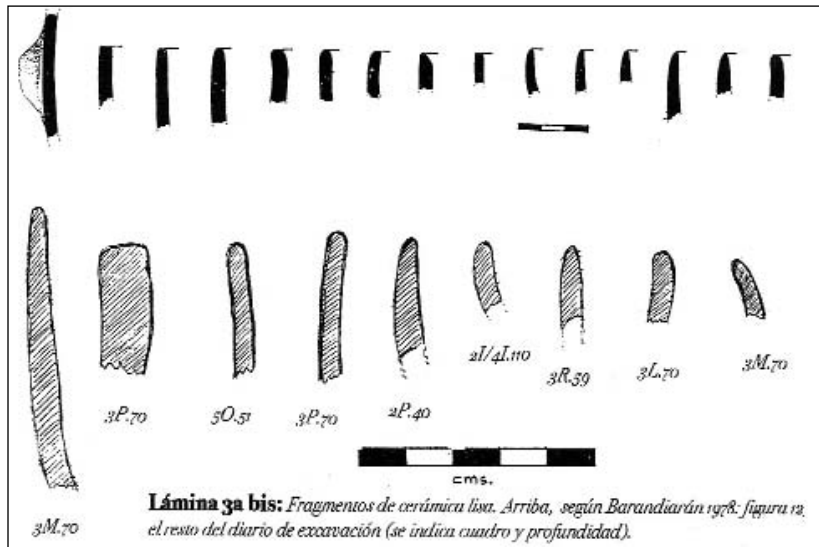


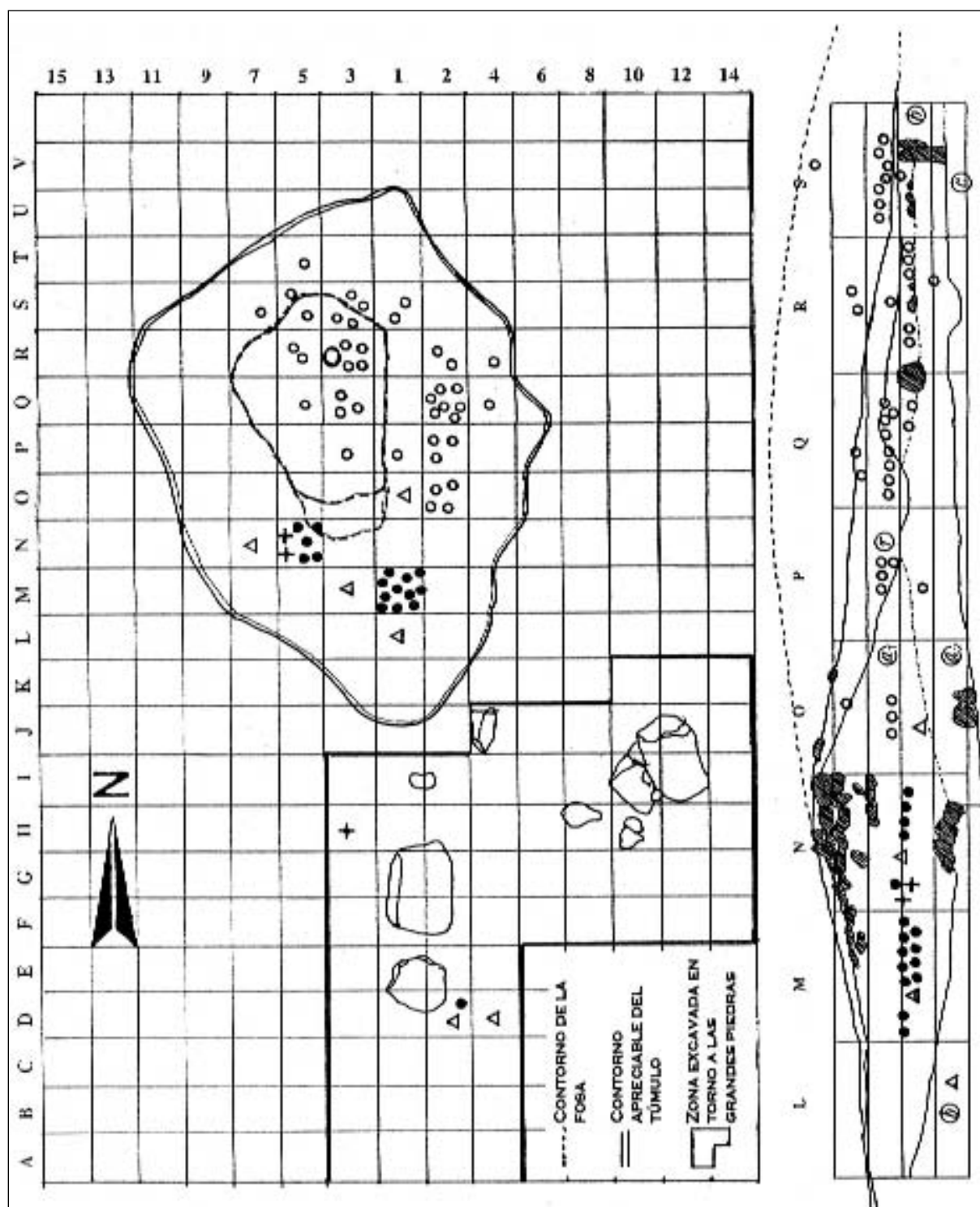
**Lámina 3.- Distribución de fragmentos de cerámica no campaniforme**

- Fragmento de cerámica lisa
- Fragmento de borde o fondo lisos
- + Fragmento de borde con botones repujados
- △ Fragmento de borde con orificios



**Lámina 3a:** Vasijas reconstituidas según Barandiarán 1978: figuras 12 y 13 (distintas escalas; se indica el diámetro de la boca). La escala gráfica corresponde a los fragmentos dibujados en el diario de excavación de los que se indica el cuadro y la profundidad.

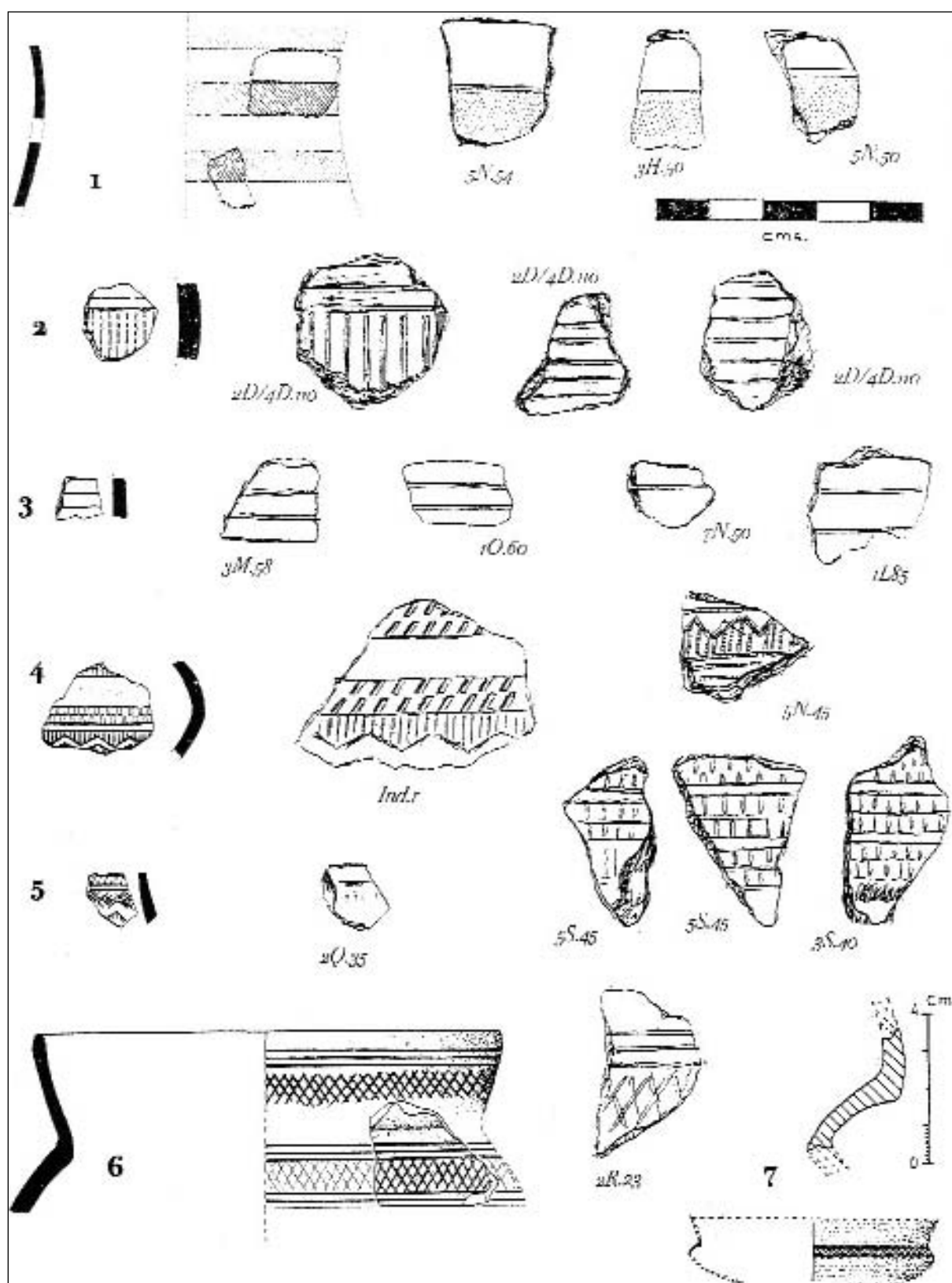




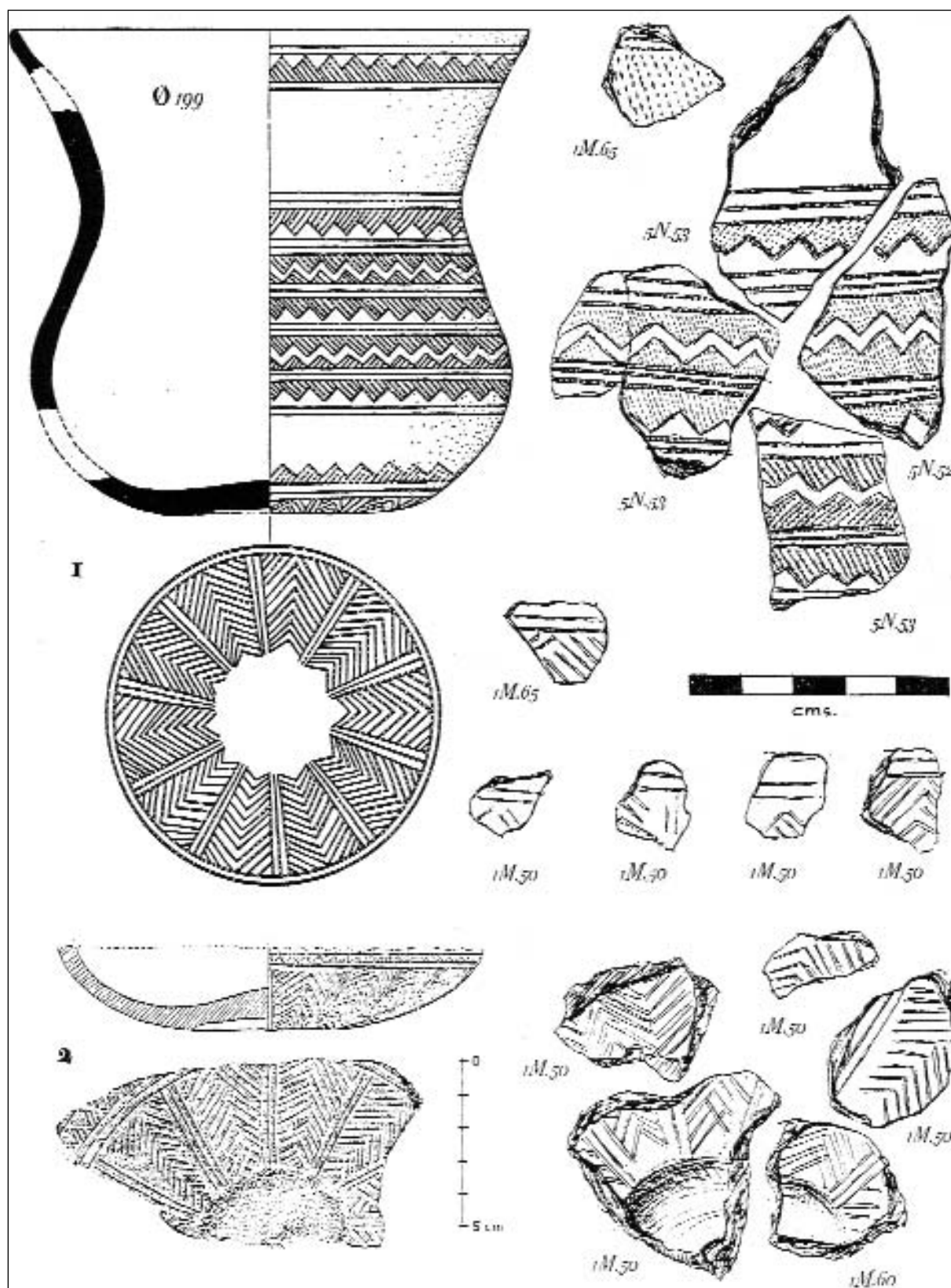
**Lámina 4.- Distribución de fragmentos de cerámica campaniforme y otras incisas e impresas**

- + Fragmento de campaniforme internacional
- Fragmento de campaniforme puntillado geométrico
- Fragmento de campaniforme inciso
- △ Fragmento dudoso (inciso o puntillado)





**Lámina 4a:** Cerámica campaniforme e incisa. Números 1 a 6 según Barandiarán 1978: figura 11, nº 7 según Marcos 1973: figura 12. La escala gráfica corresponde a los fragmentos dibujados en el diario de excavación de los que se indica el cuadro y la profundidad

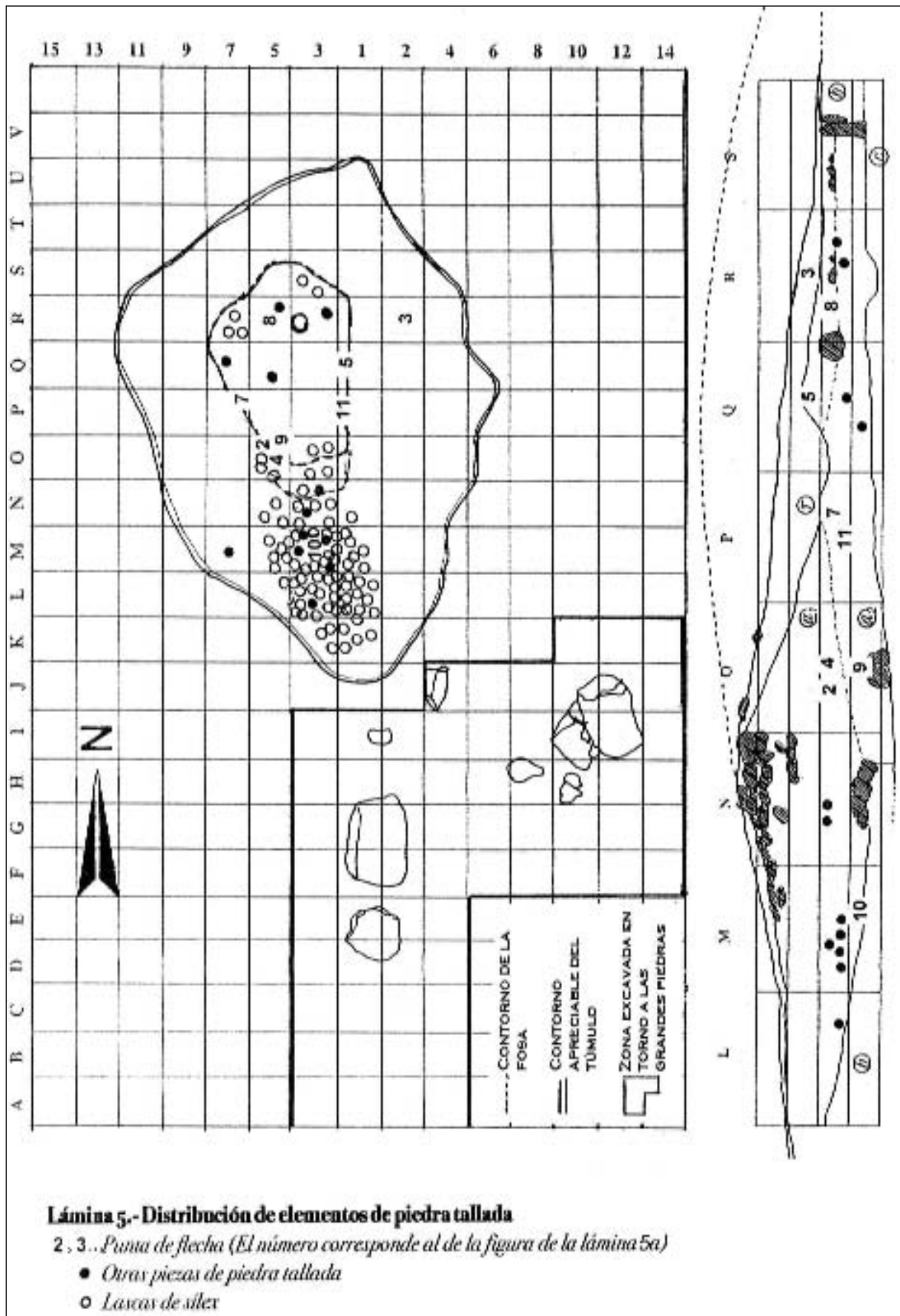


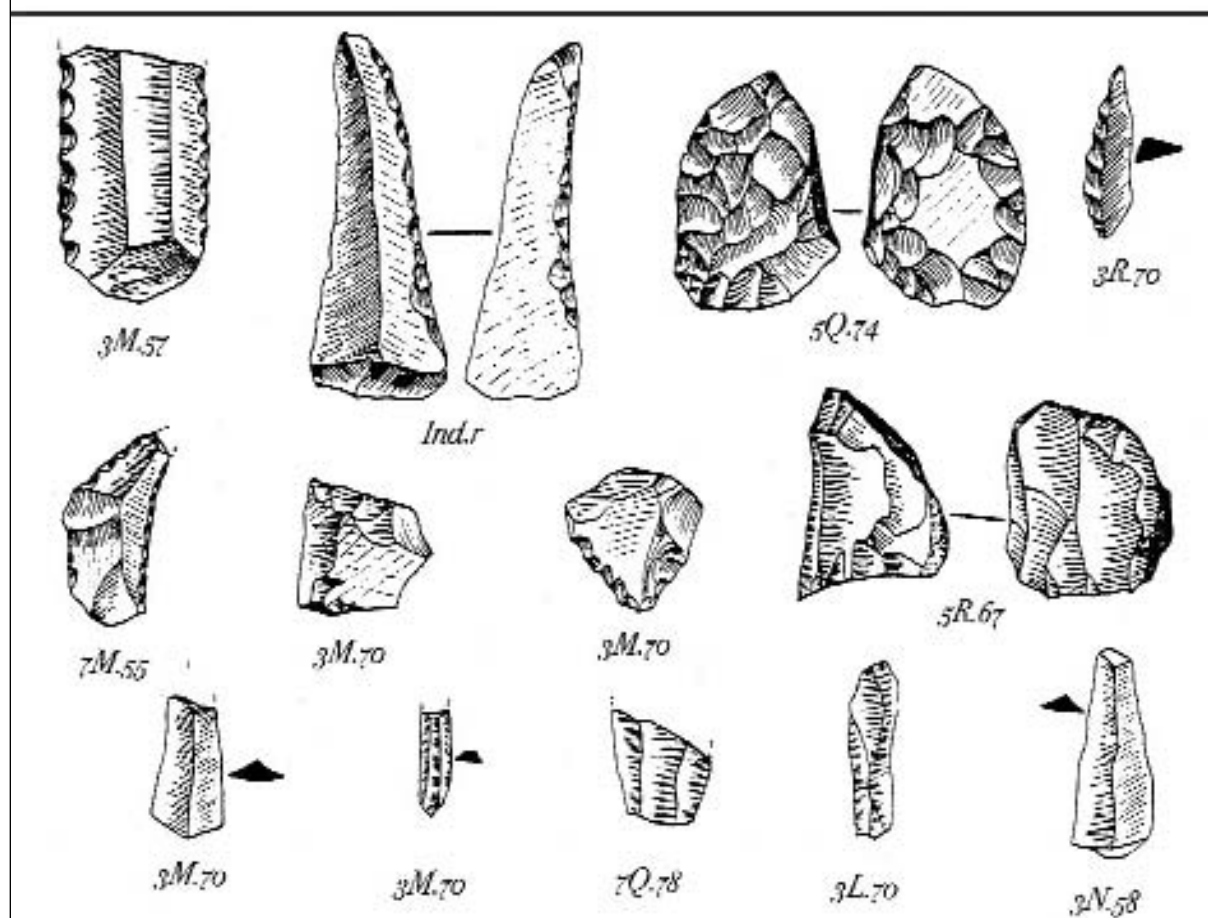
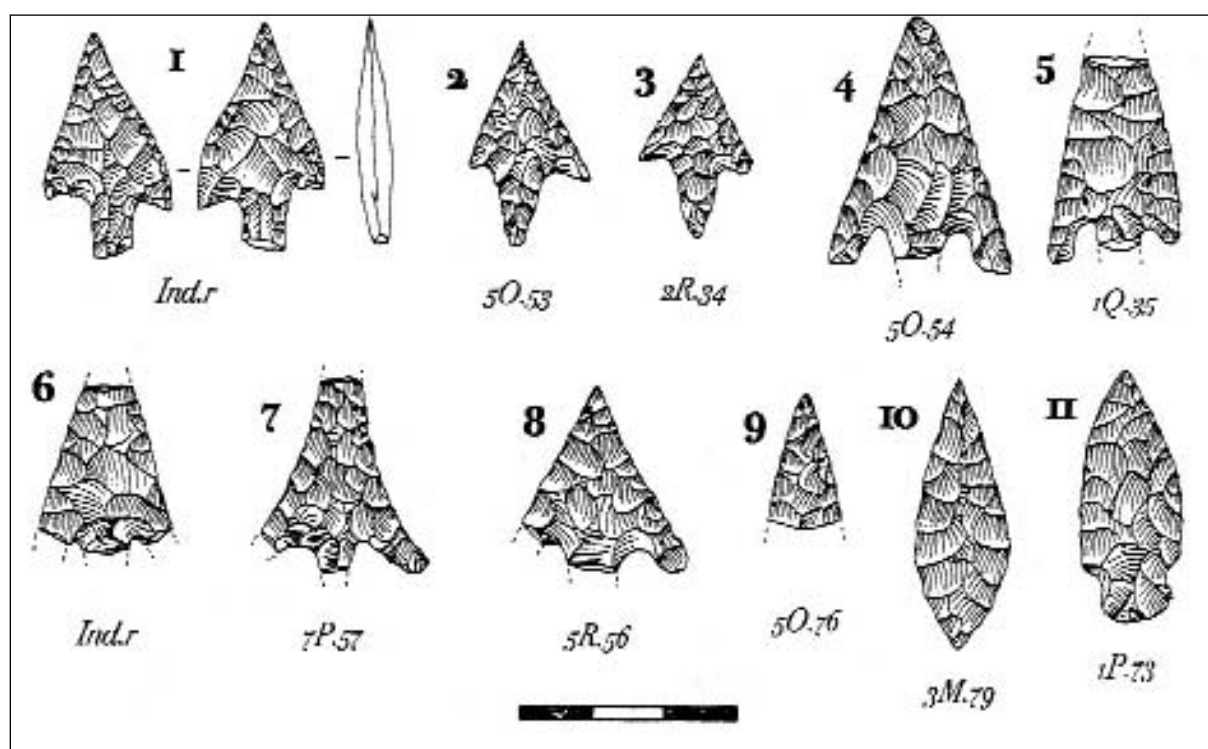
**Lámina 4b:** Vaso campaniforme puntillado geométrico. N° 1 según Barandiarán 1978: figura 9; n° 2 según Marcos 1973: figura 12. La escala gráfica corresponde a los fragmentos dibujados en el diario de excavación de los que se indica el cuadro y la profundidad



**Lámina 4c:** Cuenco campaniforme inciso. N° 1 según Barandiarán 1978: figura 10-2; n° 2 según Marcos 1973: figura 11. La escala gráfica corresponde a los fragmentos dibujados en el diario de excavación de los que se indica el cuadro y la profundidad







**Lámina 5a:** Elementos de piedra tallada según Barandiarán 1978: figuras 6 y 7. Números 1 a 11 puntas de flecha; abajo: otros elementos de sílex con registro de situación.

